JULIO MEINVIELLE

Qué saldrá de la España que sangra

De la justa y santa guerra de España

Nihil obstat: Gulielmus Furlong, S.J., 7-XI-1937
Imprimi potest: Antonius Rocca, Ep. August. et Vic. Gen., 11-XI-1937

Índice:

Qué saldrá de la España que sangra

La Iglesia fundada por Jesucristo en el centro de las edades ha realizado el milagro de la Cristiandad. En los restos humeantes de romanos y bárbaros infundió un espíritu nuevo, que de las cenizas de un mundo en corrupción, hizo surgir una unidad de hombres y de pueblos, agrupados alrededor de un centro común, con la preocupación de buscar ante todo el reino de Dios y su justicia. Es cosa única en el correr de la historia, esta de pueblos que renunciando al orgullo de la dominación y reconociendo la hermandad común, se entregan al servicio de un Rey, que no puede morir.

Pero la cristiandad que ha llenado casi mil años de historia ha sido destruida. Tres fuertes golpes de piqueta han derribado este sólido edificio: el Protestantismo que asestó sus golpes contra la Iglesia de Roma, depositaria del orden sobrenatural de la gracia; la revolución francesa que asestó los suyos contra el recto orden de la naturaleza humana; y la revolución comunista que ha asestado el último contra todo orden, aún el inferior de la burguesía. El mundo queda expuesto a un espantoso caos.

Con el comunismo la influencia cristiana queda totalmente exterminada del haz de la tierra. Y es reemplazada por un caos de ateísmo que es lo más espantoso que pueda imaginarse.

Hasta ahora el comunismo no ha apretado en sus garras totalmente sino a Rusia, pero amenaza estrangular uno tras otro, todos los países del orbe. Así poco a poco, por su medio, los judíos, los enemigos seculares del orden cristiano van logrando la conquista definitiva de todos los pueblos hasta que puedan entronizar como amo universal a su Rey y Mesías, el Antecristo[1]. El Antecristo es como el diablo encarnado y su reinado es como el reinado público y solemne de Satanás sobre la tierra. Así como hay endemoniados, es decir individuos humanos que caen bajo la posesión diabólica y son manejados por el diablo a entera libertad, así también, pueblos enteros y aun toda la humanidad puede caer bajo su completa y absoluta posesión. Y ello así se ha de realizar con el Antecristo. El comunismo no es sino su inmediato precursor[2]. De aquí que el Santo Padre con grave insistencia conjure al mundo a unirse contra este terrible flagelo de la humanidad, el más terrible de todos los que puedan haber conocido los pueblos.

---

1 ["Antecristo" en el original].

2 Cf. Julio Meinvielle, *Los tres pueblos bíblicos y la dominación del mundo*

Nos vamos entonces, precipitando con mayor o menor rapidez, hacía la barbarie comunista. Si un hecho inesperado no rompe la dialéctica de la historia que en forma inexorable se viene cumpliendo desde la Reforma protestante hasta la Revolución comunista de 1917, no cabe otra suerte a los pueblos que la de sucumbir bajo el satanismo del caos comunista.

Ahora bien. Dos hechos inesperados y transcendentales se han obrado después de la Revolución rusa de 1917 y son la marcha fascista sobre Roma de 1922 y el triunfo hitlerista de Alemania en 1933. Tanto el Fascismo como el Hitlerismo se presentan con la voluntad decidida de quebrar la dialéctica de la historia y de romper la cabeza del monstruo comunista.

¿Lo conseguirán? Por sí solos, si no aparece una fuerza nueva, digamos un hecho nuevo, no pueden conseguirlo. Dos razones nos van a convencer de ello, una del orden empírico, la otra del orden teológico.

He aquí la primera razón: No se puede negar que tanto el Fascismo como el Hitlerismo someten a alta tensión todas las energías del pueblo para lograr un orden de los hombres. Un orden se logra, ello es innegable y se logra por el esfuerzo de voluntad de un conductor y de un pueblo. Y este orden es sin duda, de calidad superior al demoliberalismo de que estuvieron viviendo los pueblos durante más de un siglo, porque este es una pura actividad sensual, por ende carnal, mientras que aquel otro es una actividad de voluntad y por tanto verdaderamente espiritual. Pero no se trata ahora de ponderar su calidad sino su eficacia. Y bajo este aspecto, hay que confesar que ni el Fascismo ni el Hitlerismo pueden tener fuerza suficiente para mantener por largo tiempo esta alta tensión de las energías de un pueblo. Todo esfuerzo y toda tensión tiende a *relajarse*. Para que así no acaezca es menester que ese orden que se logra por una tensión, por un esfuerzo, se connaturalice, es decir, se alcance sin esta tensión. Pero ello no es posible si un hecho nuevo no trae energías superiores que sean como connaturales al hombre.

Una segunda razón, y esta de orden teológico, robustece seriamente esta explicación. El orden que procura el Fascismo y el Hitlerismo, que podrá ser todo lo grande que se quiera como realización económica y política, se busca como un fin en sí, como si fuese un dios. Se busca fuera de Cristo, y

por encima de Cristo y en cierto modo contra Cristo. Ahora bien: un movimiento de esta condición, no puede traer el bienestar de pueblos que han sido llamados a la vocación de la fe cristiana. Es un orden mecánico que no es para ellos; que resulta violento: que por tanto no puede durar. Suponer que un orden social –independiente de Cristo– pueda traer el bienestar temporal de los pueblos sería suponer que la redención de Cristo no es necesaria para curar las heridas que la naturaleza del hombre ha sufrido por el pecado. Luego esta violencia a la dialéctica de la historia que realiza el Fascismo y el Hitlerismo, aunque pueda ser un esfuerzo gigantesco de héroes, digno de ser ponderado, es insuficiente para deshacer el nudo de la historia.

Es necesario un hecho nuevo, insólito, que no sea puramente el esfuerzo del hombre sino el esfuerzo de Dios. Que no sea un puro hecho natural sino sobrenatural. Que no sea el heroísmo del hombre sino el heroísmo inmensamente más alto del cristiano.

Y he aquí que este hecho, con una fuerza y con una belleza incontrastable, aparece el año pasado en el mundo sobre el suelo español. Vemos a un pueblo, que a punto de caer presa de las garras marxistas, se concentra en sí mismo, recobrando las energías de león y al grito de Cristo Rey se echa al combate y va conquistando palmo a palmo el suelo de la patria y el alma de cada español. Estamos ante un hecho verdaderamente nuevo, cuya consideración me propongo aquí.

Yo no quiero detenerme a explicaros los hechos materiales que han precedido y acompañado esta tremenda lucha. No quiero considerar ni la caída del monarca en 1931 ni la lucha de moderados y extremistas durante los cinco infelices años de la segunda república. Tampoco quiero exponer la mentira electoral de febrero de 1936 presidida por la venal imparcialidad del gobierno del masón Portela Valladares. Quiero pasar por alto el triunfo del Frente Popular, a pesar de que las derechas le habían aventajado en más de medio millón de votos; no quiero mencionar el estado de anarquía que se abrió el 16 de febrero de 1936 para terminar con el alevoso asesinato del gran patriota Calvo Sotelo, perpetrado por el gobierno. Tampoco quiero exponer aquí los sobrados motivos que justifican el glorioso levantamiento cívico-militar del 18 de julio de 1936, al frente del cual marcha un gloriosísimo caudillo, símbolo y prez de la España que surge. Ni quiero finalmente hacer

mención ni de las 20.000 iglesias destruidas por la chusma roja, ni de los 16.700 sacerdotes cruelmente asesinados ni de los 300.000 laicos cobardemente sacrificados.

Ni siquiera quiero demostrar la obligación que pesaba sobre todos los ciudadanos españoles que no habían perdido la conciencia de su dignidad, de tomar las armas para defender no ya las haciendas en peligro sino la honradez de las propias hijas, novias, esposas y madres expuestas a profanación y el derecho de la libertad de profesar la Santa Religión de Jesucristo, alma de toda la vida individual, familiar y social de España.

Quiero sí examinar el significado y alcance que reviste esta lucha épica de un pueblo. Significado para España misma, significado sobre todo para el destino de los antiguos pueblos cristianos en esta hora incierta de la historia.

Y os puedo decir desde ya y espero demostrároslo en esta disertación que esta empresa heroica del pueblo español es de una categoría tan grande como el descubrimiento de América porque es la réplica del pueblo católico al mundo de mentiras que se inició con la Reforma protestante, que se encumbró con la Revolución Francesa y que quería sumergirnos en la barbarie comunista. Esta empresa de héroes y de mártires señala el comienzo de la Restauración de la civilización Cristiana. El nudo de la historia ha sido desatado.

España, brazo derecho de la Cristiandad

El sentido profundo de la lucha española no se puede alcanzar sino a la luz de la vocación que le cabe a España en el destino de la Cristiandad. Y esta su vocación nos la ha de revelar, a su vez, el genio del apóstol que la conquistó para la fe y el genio de la misma España, a través de la historia, en sus conquistas de la fe.

Sabido es que Santiago el Mayor es el apóstol de Iberia o sea de lo que es hoy España y Portugal. Y Santiago es el segundo de los apóstoles y forma con Pedro y Juan el grupo de los tres apóstoles que fueron distinguidos por el Salvador. Sólo a estos tres distinguió con sobrenombres especiales, llamando a Simón con el nombre de Pedro a Santiago y Juan con el de Bonaerges, *hijos del Trueno* (Marc. III, 173), sólo a ellos tres hizo partícipes de su gloria en el Tabor y de su agonía en el huerto (Marc. IX, l). Sólo entre ellos tres, repartió el destino de su reino en la evangelización del mundo, porque si a Pedro le concedió el centro de su reino cuando le dijo: *Tu eres Pedro y sobre esta Piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella*, a Santiago parece haberle concedido la derecha y a Juan la izquierda, cuando la madre de ellos, María Salomé, acercándose al Salvador le pidió que sus dos hijos se sentasen junto a El en su reino, el uno a la derecha, el otro a la izquierda. No sabéis lo que pedís, contestó el Salvador. *¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber? Respondieron: Podemos. Replicóles: Mi cáliz sí que le beberéis; pero el asiento a mi diestra o siniestra no me toca concederle a vosotros sino que será para aquellos a quienes le ha destinado mi Padre* (Mateo XX, 20-23). Santiago mereció también la distinción de hospedar en su casa a la Santísima Virgen que había sido encomendada por el mismo Cristo a su hermano San Juan.

España entonces conquistada a Jesucristo por Santiago, constituida heredera del ímpetu y ardor del apóstol cuyo cuerpo conserva en la Basílica de Compostela, es como él, el Hijo del Trueno de la Santa Iglesia, la segunda después de Roma en el reino de la Cristiandad y el brazo derecho de la misma Cristiandad en las luchas por la defensa de la fe y en el ardor por llevar la fe hasta el extremo de la tierra. Y si Santiago fue el primero de los apóstoles en pagar con su cabeza su amor a Jesucristo, España también en el curso de la historia de la Iglesia da la primera el testimonio de su fe a Jesucristo no sólo cuando la invasión de la morisma sino ahora frente al empuje arrollador del

bolchevismo. Y España, al igual que Santiago no puede separar su grandeza del amor a la Virgen, junto a cuyo lado vivió y que quiso visitarle y confortarle en su apostolado por España cuando posó sus benditísimos pies en el pilar de Zaragoza.

Extraordinaria profundidad teológica tiene entonces el Canto de Claudel:

Santa España, cuadrada en el extremo de Europa, concentración de la Fe, maza dura y trinchera de la Virgen Madre.

Y la zancada última de Santiago que sólo termina donde acaba la tierra.

Y esta vocación de España, expresada en la vocación del Apóstol que la conquistó para la fe, explica la unidad y la grandeza de España cuando se mantiene fiel a su vocación y señala su decadencia cuando le es infiel.

España es obra de la Iglesia

España es obra exclusiva de la fe cristiana de suerte que destruir la fe cristiana es destruir España y destruir España es como amputar la Cristiandad.

¿Qué era en efecto España antes que la impregnase la virtud del Evangelio? Menéndez y Pelayo nos lo dice en sus *Heterodoxos Españoles*: «Ni por la naturaleza del suelo que habitamos, ni por la raza ni por el carácter parecíamos destinados a formar una gran nación. Sin unidad de climas y producciones, sin unidad de costumbres, sin unidad de cultos, sin unidad de ritos, sin unidad de familia, sin conciencia de nuestra hermandad ni sentimientos de nación, sucumbimos ante Roma tribu a tribu, ciudad a ciudad, hombre a hombre, lidiando cada cual heroicamente por su cuenta, pero mostrándose impasible ante la ruina de la ciudad limítrofe o más bien regocijándose de ella.»

Todo ello así había de acaecer con una nación que es un mosaico de razas y de pueblos tan distintos como los iberos, celtas y celtíberos que constituyen el núcleo básico de su población y que luego, para colmo, se ha

visto invadida por etruscos, fenicios, cartagineses, griegos, romanos y más tarde por alanos, vándalos, suevos, visigodos, moros y judíos.

Cierto es que Roma logra dar una unidad legislativa a la Hispania. Y así «ata los extremos de su suelo con una red de vías militares; siembra en las mallas de esa red colonias y municipios; reorganiza la propiedad y la familia sobre fundamentos tan robustos que en lo esencial aun persisten...; da la unidad de lengua, mezcla la sangre latina con la (aborigen), confunde (sus) dioses con los (del suelo hispano) y pone en los labios de los oradores y de los poetas de la Hispania el rotundo hablar de Marco Tulio y los hexámetros virgilianos».

Pero esta unidad de Roma no era sino preparación a una unidad más alta como lo era, a su vez, la misma Roma. España *parecía* pero no *se sentía una*. Faltaba la unidad de la fe y con ello faltaba la unidad. Sólo por ella adquiere un pueblo vida propia y conciencia de su fuerza unánime; sólo en ella se legitiman y arraigan sus instituciones: sólo por ella corre la savia de la vida hasta las últimas ramas del tronco social. Sin un mismo Dios, sin un mismo altar, sin unos mismos sacrificios; sin juzgarse todos hijos de un mismo Padre y regenerados por un sacramento común; sin ser visibles sobre sus cabezas la protección de lo alto; sin sentirla cada día en sus hijos, en su casa, en el circuito de su heredad, en la plaza del municipio nativo, sin creer que ese mismo favor del cielo que vierte el tesoro de las lluvias sobre su campos, bendice también el lazo jurídico que él establece con sus hermanos y consagra con el óleo de justicia la potestad que él delega para el bien de la comunidad y rodea con el cíngulo de la fortaleza al guerrero que lidia contra el enemigo de la fe o el invasor extraño, ¿qué pueblo habrá grande y fuerte? ¿Qué pueblo osará arrojarse con fe y aliento al torrente de los siglos? (Menéndez y Pelayo, *Historia de los Heterodoxos españoles*.)

Y el cristianismo forjó esta unidad de España. Llevado por la voz impetuosa de Santiago y de Pablo, propagado por el fuego de los siete varones apostólicos, Torcuato, Cecilio, Eufrasio, Indalecio, Tesifonte, Hesiquio y Segundo, fecundado por la abundante sangre de los mártires, tan magníficamente cantados por Prudencio, penetró por todos los rincones de la Hispania y dejó impregnado el suelo español. Ya Tertuliano en su tiempo podía exclamar que la fe de Cristo ganaba todos los confines de las Españas.

Y el siglo IV «nos presenta una Iglesia española, inmaculada en su fe, impugnadora del arrianismo, del cual se mantuvo incólume y del priscilianismo, contra el cual reaccionó enérgicamente, fuertemente adherida a la cátedra de Pedro, centro de unidad y severa en sus costumbres cristianas. Así se formó el pueblo hispano-romano católico, que después de una lucha de más de siglo y medio logró absorber y conquistar espiritualmente a los conquistadores bárbaros, suevos y visigodos y fue el precursor del gran pueblo español, de la Reconquista y de la edad de oro» (Hilario Yaben, El Debate, núm. extraordinario, feb. 7 de 1934).

Pero aunque existiese un pueblo cristiano, no había todavía un estado cristiano y por lo mismo tampoco existía un estado uno. Conprendiólo así el Rey arriano Leovigildo y por eso pretendió arrianizar a toda España. Pero fracasó en su intento porque no pudo descatolizar al pueblo de Santiago, como le convenció el martirio de su propio hijo Hermenegildo. Recaredo, su sucesor, comprendió entonces que la unidad de España sólo era posible por el leal sometimiento de la monarquía visigoda a la Iglesia.

Y así magnífico y «único en la historia de la humanidad» es el espectáculo que ofrece Recaredo y su pueblo el 8 de mayo del año 589, en la ciudad de Toledo, en que abjurando la herejía arriana, entran en el seno de la Catolicidad un rey con todos sus súbditos, constituyendo la unidad religiosa de España que debía ser la base de la unidad civil. Con qué sinceridad y con qué orgullo, dirigiéndose a todos los obispos de España..., y ante una inmensa muchedumbre de clérigos, magnates y pueblo, decía Recaredo: «Presente está aquí la ínclita raza de los godos, la cual, puesta de acuerdo conmigo, entra en la comunión de la Iglesia Católica, siendo recibida por ella con cariño maternal y entrañas de misericordia... Es mi deseo que así como estos pueblos han abrazado la fe por nuestros cuidados, así permanezcan firmes y constantes en la misma. Ante aquel espectáculo tan consolador prorrumpen los asistentes en vítores y se levanta a hablar San Leandro, metropolitano de Sevilla[3], y alma de aquella unificación y pronuncia estas memorables palabras: «sólo falta que los que componemos en la tierra un solo y único reino, roguemos al Señor por su estabilidad a fin de que el reino y el pueblo que unidos glorificaron a Dios en la tierra, sean glorificados por El en el reino celestial» (Zacarías García Villada, El Destino de España).

[3] Error en el original: "Sevilal".

Desde este momento quedó estabilizada la nación española. Toledo es la cabeza jerárquica, civil y eclesiástica de todo el territorio comprendido entre el Atlántico y el Mediterráneo, los Pirineos y el estrecho de Gibraltar. Allí acuden a rendir pleitesía y homenaje a su rey los súbditos de toda la península y a su obispo reconocen como primado los metropolitanos de Narbona, Mérida, Sevilla, Braga, y Tarragona. La unidad fue tan firme que por indicación de San Isidoro se llegó a condenar la diversidad de ritos para que «los que estaban unidos en una misma fe y en un mismo reino no se mostraran desunidos, ni aún en la parte externa ritual».

Resulta entonces clarísimo que la Iglesia Católica que había unido primero al pueblo hispano romano por la profesión de una misma fe, lo unía ahora con lazo indisoluble en una unidad de régimen temporal. España es España porque la hizo la Iglesia.

Desde entonces quedó políticamente constituida la nación española independiente y personal, reconociendo la soberanía de los monarcas toledanos los mismo Cataluña que Aragón; Navarra que Vasconia; Galicia que Portugal; León que Castilla. De modo que lo primitivo en la formación de la patria hispana es la unidad desde el Pirineo a Gibraltar, desde el Cantábrico al Mediterráneo. Los Reyes Católicos después de dar término a la Reconquista no hacen, sino que reconstruyen la unidad perdida. Unidad que por otra parte no se pierde por voluntad del pueblo sino por una causa mayor como es la interrupción que producen los moros, interceptando las vías de comunicación de Navarra, el alto Aragón y Cataluña lo que obliga a estas regiones desvinculadas de los Reyes de Asturias y León, legítimos sucesores de los de Toledo a constituirse en unidades políticas independientes. Pero aún entonces, cuando por causa mayor falta la unidad de régimen, una unidad más alta como es la defensa del propio suelo y de la propia fe, unifican a todas las regiones españolas en una única cruzada. (Zacarías García Villada, *El destino de España*).

La tradición antiabsolutista de España

La Iglesia creó entonces la unidad de España y la coronó con la consagración de los reyes visigodos. Recordando los Padres de los célebres concilios de Toledo que el Poder de los reyes y príncipes viene de Dios, consagraban a los monarcas ungiéndoles con el crisma por lo que venía a ser su persona sagrada e inviolable. «Pero al mismo tiempo que rodeaban al monarca de tales prerrogativas, le imponían deberes. Para San Isidoro, Rey viene de regir (*Rex a regendo*) de donde concluye: «el que obra rectamente, conserva el nombre de Rey, y el que no, lo pierde.» En el Concilio IV de Toledo, presidido por el mismo San Isidoro se determina que el monarca está obligado a la observancia de las leyes como los demás súbditos. Los derechos y deberes del monarca como asimismo los derechos y deberes de sus súbditos procedían de un mutuo juramento que se hacía en la iglesia el día de la consagración del Monarca. El Obispo de Toledo se lo tomaba al Rey. Este prometía solemnemente con la mano puesta sobre los Evangelios, gobernar al pueblo rectamente; y el pueblo a su vez juraba obedecerle si así lo hacía. En los mismos Concilios se establece una distinción bien marcada entre el Rey y el Estado, entre los bienes particulares del Soberano, los de la Corona y los de la Nación. Todas estas distinciones tienden a un mismo fin, es decir, indicar a los Príncipes que ellos no son dueños absolutos del Poder. Reinan para la grandeza de su pueblo, de suerte que su poder está siempre condicionado por el *bien común*, suprema razón de ser de toda política. Cuando los reyes quebrantaban sus deberes, abusando del poder, veíanse constreñidos a abandonar el trono. Y así cuando Suintila renuncia a la corona. El Concilio IV de Toledo confirma su renuncia y, además declara incapacitado a él y todos sus descendientes para volver a ocupar el trono.

La Iglesia entonces que había forjado la unidad de España también cuidaba de que toda la vida de la nación, desde el monarca hasta el último de los súbditos, se desarrollase de acuerdo a las Santas prescripciones de la ley evangélica, de la que la Iglesia es fiel depositaria. Por esto así como vemos a los obispos de la época visigoda creando la grandeza española, vemos más tarde a los obispos, clérigos y frailes españoles luchando junto a los monarcas en la reconquista o creando la grandeza de España junto a ellos, en los tiempos en que no se ponía el sol en las tierras de España. Y así, en las gloriosas Navas de Tolosa junto a Alfonso VIII está el arzobispo Don Rodrigo como junto a Alfonso XI en la toma de Algeciras, está el Cardenal

Don Gil de Albornoz, igualando en empuje al temerario monarca y el gran Cardenal Don Pedro de Mendoza, nombrado general en jefe del Ejército cristiano de los Reyes Católicos, cabalga junto a ellos y no para hasta que su cruz de plata, brillando en la torre de Vela, la torre más alta de Granada y adorada de rodillas por los Reyes Católicos y todo su ejército victorioso, anuncia al mundo que la Cristiandad ha sido totalmente reconquistada de la Media Luna.

La Iglesia Católica que había forjado la unidad de España y había creado su grandeza cristiana de la época visigoda también recupera ella, palmo a palmo, el suelo español de la barbarie de los moros.

La grandeza española

Y será ella lo que en tiempos de los Reyes Católicos forje «la mayor empinación, triunfo e honra e prosperidad que nunca España tuvo», como decía el buen Cura de los Palacios. (Menéndez y Pelayo, Historia de la Poesía Castellana en la edad media). Y puede añadirse que nunca pueblo tuvo. No es fácil poder cantar en breves líneas la grandeza de este pueblo que después de poner término victoriosamente a una lucha ocho veces secular contra los moros, alcanza «el destino más alto entre los destinos de la historia humana: el de completar el planeta, el de borrar los antiguos linderos del mundo. Un ramal de nuestra raza –escribe Menéndez y Pelayo– forzó el cabo de las tormentas, interrumpiendo el sueño secular de Adamastor y reveló los misterios del Sagrado Ganges trayendo por despojos los aromas del Ceylán y las perlas que adornaban la cuna del sol y el tálamo de la aurora, y el otro ramal fue a prender en tierra intacta aún de caricias humanas, donde los ríos eran como mares y los montes veneros de plata y en cuyo hemisferio brillaban estrellas nunca imaginadas ni por Tolomeo ni por Hiparco.»

León XIII ha podido decir que el hecho del Descubrimiento de América, *considerado en sí mismo es el más grande y hermoso que edad alguna vio jamás llevado a cabo por los hombres* (Epístola ad archiep... ex Hispania... 16 julii 1892. Civiltá Cattolica, año 1892, t. III). Y sabido es que esta colosal empresa tanto en el ánimo de Isabel la Católica como en el del Colón, fue por encima de todo otro motivo secundario, el «llevar el nombre y doctrina de Jesucristo a tan apartadas regiones» (Palabras de Colón citadas por León XIII).

Y toda la obra colosal de la reconquista estuvo impulsada por el mismo espíritu heroico de la fe de Cristo que suscitó misioneros, guerreros, exploradores y colonizadores para que España pudiese engendrar y nutrir para Dios y para la civilización «a veinte naciones mellizas que no la han dejado ni las han dejado hasta que ellas han logrado vida opulenta y ella ha quedado exangüe. Porque la obra de España ha sido más que de plasmación como el artista lo hace con su obra, de verdadera fusión para que ni España pudiese ya vivir en lo futuro sin sus Américas ni las naciones americanas pudiesen aun queriendo arrancar la huella profunda que la madre las dejó al besarlas porque fue un beso de tres siglos, con el que las transfundió su propia alma» (Cardenal Gomá y Tomás en el discurso de la Fiesta de la Raza en Buenos Aires).

Y mientras España de la sobreabundancia de su propia vida alimentaba a innumerables pueblos constituía en Europa el baluarte inexpugnable contra el Protestantismo y era el faro de la verdadera cultura –frente a la decadencia que señala el mismo Renacimiento – con las creaciones imperecederas de San Juan de la Cruz, de Santa Teresa, de Cervantes, de Fray Luis de Granada y el de León, de Calderón y Lope de Vega, del Greco y de Velázquez.

Y el carácter que salta a la vista, pudo escribir Menéndez y Pelayo, «en aquella sociedad española del siglo XVI y continuada en el XVII, en eso que se llama *Edad de Oro* la nota fundamental y característica es el fervor religioso que se sobrepone al sentimiento del honor, al sentimiento monárquico y a todos los que impropiamente se han tenido por fundamentales y primeros; ante toda la España del siglo XVI es un pueblo católico: más diremos es un pueblo de teólogos... por toda aquella centuria España se convirtió en campeón de la unidad y de la ortodoxia, en una especie de pueblo elegido de Dios, llamado por él para ser brazo y espada suya, como lo fue el pueblo judío en tiempo de Matatías y de Judas Macabeo...» La España de entonces era «un pueblo extraño, uno en la creencia religiosa, dividido en todo lo demás, por raza, por lenguas, por costumbres, por fueros, por todo lo que puede dividir a un pueblo... Solo quedaba y omnipotente lo regía todo el espíritu católico sostenido por los reyes y en virtud del cual los reyes eran grandes.» (Menéndez y Pelayo).

La decadencia española coincide punto por punto con su apartamiento de la Iglesia

De esta suerte cuando los países cristianos de Europa enarbolaban la bandera de rebelión contra la Iglesia, España constituida en su integérrima defensora, alcanzaba el empuje y grandiosidad de un trueno que estalla.

España entonces, nos muestra espléndidamente en su opulenta historia que todo lo debe a la Iglesia. España ha sido grande cuando se olvidó de sí misma para servir a la Iglesia. Entonces cuando descubría y colonizaba nuevos mundos, con sus teólogos, santos, reformadores y artistas iluminaba a Europa y por el genio de Juan de Austria rompía definitivamente en Lepanto la pujanza de los turcos.

Este ha sido el imperio de España. Un magnífico imperio universal, no de dominación terrena, no de aprovechamiento de las energías de los demás como si el mundo fuese una inmensa factoría, sino de expansión de cultura al servicio de la cristiandad, en la defensa de la iglesia y en la conquista de las almas. Y este imperio grandioso forjado en el preciso momento en que los pueblos cristianos, agitados frenéticamente por el espíritu de rebelión, se apartaban de la Iglesia, es la respuesta de Dios a los hombres que les dice que solo en la fidelidad a sus preceptos se puede lograr la verdadera grandeza.

El protestantismo, entonces. el primero de los tres grandes enemigos que surgió contra la cristiandad se estrelló contra el baluarte de España. Sin embargo, cuando dos siglos más tarde, España se olvida que su grandeza es una grandeza teológica, puesta al servicio de la cruz, la monarquía española se enorgullece de sí misma, y por lo mismo decae. Y comienza la triste decadencia española que ha de coincidir punto por punto con su apartamiento de la Iglesia.

Toda la monarquía de los Borbones que se inaugura con Felipe V se caracteriza por su absolutismo. El *Regalismo* triunfa; la Iglesia sufre despojos, violencias y agresiones por parte del gobierno regio. Felipe V disgustado con Clemente XI expulsa al Nuncio, y las divergencias continúan hasta el célebre Concordato entre Benedicto XIV y Fernando VI de 1753 por el cual la

Corona quedó en posesión del Patronato Universal. Tormentoso y aciago fue asimismo el reinado de Carlos III en que la expulsión de los jesuitas, la Causa del Obispo de Cuenca, la tentativa de desamortización eclesiástica, la prohibición de publicar bulas Pontificias sin el *Regium exequatur* fueron otros tantos atentados contra la autoridad espiritual. Mientras tanto España va perdiendo las colonias y, lo que es más doloroso, su influencia moral y espiritual sobre las mismas.

Detrás del absolutismo produce estragos en España, el segundo gran enemigo de la cristiandad, el *demoliberalismo*. Las célebres Cortes de Cádiz introdujeron oficialmente el espíritu enciclopedista con la voluntad de derrocar hasta sus cimientos la España Católica, la España tradicional, de borrar, como decía uno de sus oráculos el Conde Cabarrús en sus cartas, los errores de veinte siglos. Y España descuajada en su vida pública de la Iglesia que le daba unidad y grandeza, de tumbo en tumbo fue decayendo durante más de un siglo, conociendo las alevosías y traiciones de los propios gobernantes que vendían la grandeza del país al extranjero mientras activaban las matanzas de frailes y las quemas de iglesias, tan célebres algunas de ellas como las de los años 1834 y las de 1870. La Nación-fuerza se convirtió en la cenicienta desgraciada del mundo, ludibrio de los pueblos y juguete de las intrigas de conciliábulos secretos. Es cierto que la vitalidad católica no desaparece sino que se concentra en la Comunión Tradicionalista del Carlismo que durante más de un siglo de bastardía política sabe mantener intacto el depósito sagrado de verdades que pueden salvar a los pueblos. Y lo mantiene con el ardor bélico del requeté que va a luchar por España, porque lucha por su Dios. Pero el liberalismo debía triunfar y el Carlismo había de quedar como fuerza de reserva para el momento fijado en los designios providenciales que rige el curso de la historia.

Y en un pueblo tan realista como el español, es decir que sabe llevar a las últimas realizaciones concretas el ideal más alto, que por lo mismo no sabe de hipocresías ni farsas ni términos medios ni desdoblamientos, el liberalismo no pudo prender en sus raíces profundas y así ni siquiera pudo dar los frutos de grandeza que aunque efímera, artificial y falsa ha podido producir en los países capitalistas.

Y España ni católica –porque en su vida pública se proclamaba liberal–, ni liberal –porque el liberalismo no penetraba en las raíces del pueblo – no daba ni grandeza católica ni grandeza liberal... era un país desgraciado y despreciable, debilitado aun en su interior por todos los elementos dispares de que estaba constituido. Y menos mal que la mala monarquía democrática mantenía en cierto orden todos estos restos separados y anárquicos de un pueblo que fue grande; menos mal que servía de tapón para impedir el estallido porque el día que ella faltase todos estos elementos diversos, y anárquicos debían explotar con furia enloquecida. No son para referir aquí los desmanes vergonzosos de cinco años de república... Ellos no eran sino el anticipo del gran crimen que se estaba a punto de cometer o sea entregar España, brazo derecho de la Cristiandad, a los judíos, sus eternos enemigos y que desde Moscú quieren dirigir los destinos de los pueblos. Después sería cosa fácil entregar la misma Cristiandad.

Carácter de la República en España

Y no podía ser sino *el Comunismo*, el tercer y último gran enemigo de la Cristiandad el resultado lógico de una república española. Los hechos históricos deben ser estudiados con un sentido auténticamente realista. Ahora bien, los intentos de los republicanos españoles, de todas las gamas posibles, desde los republicanos católicos, tipo Miguel Maura, pasando por los radicales anticlericales de Azaña hasta los comunistas intransigentes de Largo Caballero, no podían finalmente concretarse sino en una república anarco-comunista uncida al carro de Moscú. No porque no sea posible en abstracto un régimen republicano que contemple las justas prescripciones de la moral católica, sino que por diversas causas, cuyo estudio sería largo, la república en España se presentó siempre como *una bandera de rebelión contra el destino de España*. De hecho, como surge claro de la presente exposición, la grandeza de España se concretó en la profesión pública de la Fe Católica, bajo el gobierno también público de los obispos españoles y del monarca, que era la encarnación del pueblo en su destino de servir como brazo derecho a la Causa de la Cristiandad. Los españoles –y ello es un timbre altísimo de gloria– no han podido comprender una grandeza que marchase por otros caminos que no fuesen los de la Causa de la Iglesia y sin la dirección del monarca. La república entonces se presentaba como anticatólica, anticlerical y antimonárquica. Por una dialéctica de la historia más fuerte que todas las concepciones formales de los filósofos se presentaba como una anti-España.

Hablar de una república moderada era hablar de algo puramente irreal en el suelo hispano. La república en forma definitiva debía ser en España la implantación de un anarco-comunismo, última etapa de todo el proceso de corrupción que es el mundo moderno. Para gloria del genio español, que es un genio fuerte y varonil, los términos medios y las adaptaciones no son posibles. Y se comprende que así en el suelo del apóstol llamado *Hijo del Trueno*, apóstol que maneja espada y embraza adarga, apóstol ardiente e impetuoso que no tolerando que los samaritanos rechazasen al Salvador se acerca a Jesucristo con su hermano Juan para decirle*: «Señor, ¿quieres que digamos que baje fuego del cielo y los devore?»* (San Juan IX, 54).

La república en España era entonces la Anti-España. Y lo era aún en el sentido material de la palabra. Porque desde el día de su advenimiento emprendió la tarea de demoler todo cuanto podía evocar la grandeza de la España eterna. Los obispos han podido denunciar en documento público cómo la revolución comunista que pregona la república con el mismo ardor con que devasta a España es esencialmente «anti-española». La obra destructora se realizó a los gritos de «viva Rusia», a la sombra de la bandera internacional comunista. Las inscripciones murales, la apología de personajes forasteros, los mandos militares en manos de jefes rusos, el expolio de la nación en favor de extranjeros, el himno internacional comunista, son prueba sobrada del odio al espíritu nacional y al sentido de la patria. Y por la compenetración que *de hecho* y *en concreto* existe entre España y la Iglesia, la revolución, además de cruel, inhumana y bárbara debía ser, eminentemente anti-cristiana, como la denuncia el episcopado español: «No creemos que en la historia del Cristianismo y en el espacio de unas semanas se haya dado explosión semejante, en todas las formas del pensamiento, de voluntad y de pasión, del odio contra Jesucristo y su religión sagrada. Tal ha sido el sacrílego estrago que ha sufrido la Iglesia en España que el delegado de los rojos españoles, enviado al Congreso de los sin-Dios en Moscú, pudo decir: «España ha superado en mucho la obra de los soviets, por cuanto la Iglesia en España ha sido completamente aniquilada...» El odio a Jesucristo y a la Virgen ha llegado al paroxismo y en los centenares de Crucifijos acuchillados, en las imágenes de la Virgen bestialmente profanadas, en los pasquines de Bilbao en que se blasfemaba sacrílegamente de la Madre de Dios, en la infame literatura de las trincheras rojas, en que se ridiculizan los divinos misterios, en la reiterada profanación de las Sagradas Formas, podemos adivinar el odio del infierno encarnado en nuestros infelices comunistas. «Tenía jurado vengarme de tí», le decía uno de ellos al Señor encerrado en el Sagrario y encañonando

la pistola disparó contra él, diciendo: «Ríndete a los rojos, ríndete al marxismo.»

La España eterna se reencuentra

Pero era necesario que España conociese el abismo abominable de degradación que señala la barbarie comunista para que despertase, en un puñado de valientes, el sentido de su grandeza. Por esto, yo creo que hemos de proclamar como cosa bendita esta desgraciada república del 31 porque ha servido, por su misma absurda y radical barbarie, para devolver en un instante a España el sentido de su propia vida. España es católica a machamartillo o España sucumbe en la barbarie comunista. España es grande como la forjaron los Reyes Católicos o España desaparece de la tierra. No hay término medio. Que lo entiendan los infelices europeizantes literatos de la generación del 98; que lo entiendan también los políticos centristas que han ido a copiar del centrismo alemán o de la democracia de Don Sturzo como si España no tuviese una tradición política propia inmensamente superior que todos estos originales blanduzcos que se han querido calcar. España es de Cristo o del Antecristo. España o Anti-España.

Y caso único en la historia, en España existía una fuerza, anidada en las tradicionales provincias de Navarra y de Castilla que con terquedad no habían querido contaminarse ni con el demoliberalismo ni con el socialismo. Fuerzas que vivían íntegramente de su fe cristiana y que no querían conocer otra grandeza. Fuerzas que adquieren conciencia de su misión histórica hace un siglo, precisamente cuando un Rey débil quiso adaptar España a la corriente liberal y progresista de los tiempos modernos. Porque si un día estos valientes se alzaron contra la descendencia de Fernando VII y sostuvieron la causa de Don Carlos fue únicamente porque este era porta estandarte de los derechos de Dios y de España, e Isabel en cambio encarnaba el progresismo laico de los tiempos nuevos.

Las milicias intrépidas de requetés iban a ofrecer los primeros contingentes de bizarros muchachos que se iban a lanzar al combate por su Dios y por su Patria. Por aquí debía comenzar la reconquista porque allí se concentró siempre la fiereza del león hispano. Después debía aportar fuerzas la Falange de las J. O. N. S. trayendo ímpetu, renovación, aventura, anhelo

imperial. Fuerzas quizás no tan puras, fuerzas no tanto movidas por el anhelo de servir a Dios, fuerzas en cierto modo redimidas del campo contrario, pero, de todos modos fuerzas con un fervor incontenible de servir a España y de expulsar para siempre de su suelo a la hidra marxista.

Y a la cabeza de estas fuerzas debía suscitar Dios a un caudillo, predestinado para esta hora, quien debía asimismo acaudillar a los contingentes moros, que ambicionaban formar parte de esta heroica cruzada contra el comunismo ateo que querían implantar los judíos. Yo sé, que muchos sufren escándalo porque el Generalísimo Franco ha usado de los moros para reconquistar a España. Pero debían escandalizarse que sea tan grande el cinismo de los rojos –anti-españoles– que haya hecho necesario traer a los moros para enseñarle los deberes de amor a la Patria. Además que con ello no hace Franco sino cumplir las directivas del Santo Padre en Roma quien está incitando a todos los hombres que mantienen la creencia en Dios, aunque no sean católicos, a unirse contra el comunismo ateo que es el supremo enemigo de la humanidad en la hora presente. La misma consideración hay que formular con respecto a la ayuda militar que prestan Alemania e Italia y Portugal. Vergüenza debía dar a ciertas naciones de estirpe católica que los deberes que ellos no cumplen como hermanos de la fe del pueblo español, deba ser suplido por pueblos infieles o paganos.

Detrás de todos estos contingentes de milicias combativas acaudilladas por el Generalísimo debía venir con la fuerza arrolladora de avalancha todo el movimiento que se ha llamado muy exactamente «nacional», como dicen los obispos. «Primero por su espíritu; porque la nación española estaba disociada, en su inmensa mayoría de una situación estatal que no supo encarnar sus profundas necesidades y aspiraciones; y el movimiento fue aceptado como una esperanza por toda la nación; en las regiones no liberadas sólo espera romper la coraza de las fuerzas comunistas que la oprimen. Es también nacional por su objetivo por cuanto tiende a salvar y sostener para lo futuro las esencias de un pueblo organizado en un Estado que sepa continuar dignamente su historia» ... «y el movimiento nacional ha determinado una corriente de amor que se ha concentrado alrededor del nombre y de la substancia histórica de España, con aversión de los elementos forasteros que nos acarrearon la ruina. Y como el amor patrio cuando se ha sobrenaturalizado por el amor de Jesucristo, nuestro Dios y Señor, toca las cumbres de la caridad cristiana, hemos visto una explosión de verdadera

caridad que ha tenido su expresión máxima en la sangre de millares de españoles que la han dado al grito de viva España», «viva Cristo Rey».

En una lucha de gigantes, la más heroica

Y así la lucha se ha entablado entre un puñado de valientes que ha sido como la levadura que ha inficionado a la España nacional y toda la resaca y podredumbre que ha producido un siglo de demoliberalismo y comunismo. La lucha no es entre el ejército y el pueblo, como una propaganda maléfica quiere divulgar, sino entre el pueblo auténtico, y el pueblo falseado; entre el pueblo y la chusma. Y en el pueblo están todos, clero, intelectuales, militares, industriales, comerciantes, campesinos y obreros que mantienen la conciencia de su dignidad y grandeza y en la chusma a su vez también puede haber y desgraciadamente hay clérigos, intelectuales, militares, industriales, comerciantes, campesinos y obreros que han perdido la conciencia de su dignidad de hombres y de españoles.

Y el pueblo español se ha arrojado con heroísmo a una lucha que no es sino la reconquista palmo a palmo del propio suelo de las garras de la chusma roja.

Y esta lucha de heroísmo se ha hecho posible por un espíritu verdaderamente cristiano. Nada más elocuente en este sentido que la epopeya del Alcázar, cumplida por una protección especial de la Madre de Dios, como ha dado testimonio el mismo General Moscardó, nuevo Guzmán el Bueno, nada más elocuente que toda la guerra –en tierra, mar y aire– que es un triunfo magnífico de la Madre de Dios que es ensalzada públicamente y a todas horas en los campamentos de la España nacional con el mismo fervor con que es blasfemada en los campamentos rojos; nada más elocuente que el heroísmo de los 16.700 sacerdotes inmolados por la fe y el de los 300.000 laicos sacrificados por su lealtad a Dios y a España.

La Guerra española es una Guerra Santa

La Guerra de España, que es una guerra *heroica* es también una guerra santa. Y es una guerra santa porque la lucha se entabla en el campo teológico. No se lucha simplemente por algo político u económico, ni siquiera por algo simplemente cultural o filosófico. Se lucha por algo inmensamente superior como es el imperio de Cristo o del Antecristo. Las palabras del Cardenal Gomá y Tomás (*El caso de España*, pág. 7) expresan admirablemente esto que está en la conciencia de toda España. «La guerra que sigue asolando gran parte de España y destruyendo magníficas ciudades no es en lo que tiene de popular y nacional, una contienda de carácter político en el sentido estricto de la palabra. No se lucha por la República... Ni ha sido móvil de la guerra la solución de una cuestión dinástica... ni se ventilan con las armas problemas inter-regionales... Esta cruentísima guerra es, en el fondo, una guerra de principios, de doctrinas, de un concepto de la vida y del hecho social contra otro, de una civilización contra otra... Cristo y el Anticristo se dan la batalla en nuestro suelo...»

Y de ello da también magnífico testimonio el Cardenal Verdier, arzobispo de París, según una información cablegráfica de «La Nación» (octubre, 8) cuando después de reconocer que la lucha española es en realidad una lucha entre la civilización cristiana y la suprema civilización del ateísmo soviético, añade: «Si esta lucha se desarrolla en España es porque los enemigos de Dios la eligieron para ser la primera etapa de su obra destructora. Pero surge una gran esperanza para su patria y sobre todo el heroísmo tan cristiano de sus hijos provoca la admiración del mundo entero, añadiendo un nuevo esplendor a la gloria caballeresca de España.»

La lucha es entonces en un plano teológico, porque Cristo y el Anticristo son conceptos de la teología. Lo cual no quiere decir que todos, tanto los de uno u otro bando, tengan conciencia de ello o no se muevan parcialmente por móviles inferiores. El movimiento de la lucha es ese en la masa colectiva, y ese, sobre todo ese, por una exigencia metafísica que impregna la substancia misma de la lucha, por sobre la voluntad de los combatientes.

Nada sorprendente que así sea, para el que haya penetrado en la degradación histórica que se viene operando con lógica inflexible desde el

Renacimiento a aquí. Con Lutero se destruyó el orden sobrenatural de la gracia, con Kant el orden de la inteligencia, con Rousseau el orden político o moral, con el Capitalismo el orden inferior de lo económico y ahora con el comunismo no queda sino una lucha a muerte por Ser o no ser. Todo o nada. Cristo o el Anticristo.

Si la lucha se desarrolla en el plano teológico ¿qué carácter debía revestir en uno y otro bando? Pues de un lado debía de ser de Cristo, cristiana, y del otro del Anticristo, *anticristiana*; de un lado *santa* y del otro *satánica*. Y he aquí que frente al aspecto desolador de un pueblo empeñado en triturar iglesias, en martirizar ministros de Dios, en profanar religiosas; por el otro, se ve a un pueblo desbordado de fe que no puede lanzarse a la lucha sino después de reconfortarse con el sagrado cuerpo de Cristo y al grito de viva Cristo Rey.

Los escándalos de un filósofo

Yo sé –señores– que no faltan quienes puedan escandalizarse de que se llame santa a la guerra española. Y no son personas de poco mérito los que sufren estos escándalos. Conocéis vosotros la polémica que ha suscitado a este respecto la opinión de un filósofo católico de tan grandes méritos como Jacques Maritain. «Que se invoque pues si se la cree justa –dice él–, la justicia de la guerra que se hace, que no se invoque su santidad. Que se mate, si se debe matar, en nombre del orden social, o de la nación, esto es bastante horrible: que no se mate en nombre de Cristo Rey, que no es un jefe de guerra, sino un Rey de gracia y de caridad, muerto por todos los hombres y cuyo reino no es de este mundo.»

Pero esta consideración de Maritain que podrá ser muy eficaz para convencer a almas sentimentales, y en el fondo destituidas de heroísmo, carece de valor porque se funda en la falsa hipótesis de que los españoles han acudido a las armas para implantar el reinado de Cristo Rey que no podían implantar por medios pacíficos. Los nacionales españoles fueron a la guerra para reclamar con el último recurso que les quedaba a mano, el recurso de la espada, el derecho de vivir en el suelo español con la dignidad de hombres. No sólo podían hacerlo sin violar los deberes cristianos sino que debían hacerlo. Porque, aunque la guerra sea una calamidad espantosa, hay momentos, cuando todos los otros recursos pacíficos fallan, que hay que

preferirla al envilecimiento de verse deshonrado, vilipendiado no sólo en sus bienes sino también en la honra y dignidad de sí propio y de los propios familiares. Sería un mal católico aquel español que no saliese a defender con las armas la dignidad de su esposa e hijas y de la propia religión expuesta al vilipendio cuando no hay otro medio que asegure su respeto. Porque si el católico debe amar a su prójimo, le debe amar con eficacia. Y cuando no hay medio para asegurar los derechos del prójimo y del país y de la religión que se profesa que el recurso a las armas, a ellas debe acudir con ánimo varonil. No sólo puede sino que debe hacerlo. Por esto las Sagradas Escrituras hacen el elogio (Libro Primero de los Macabeos, cap. IV) de Judas Macabeo, quien revistióse cual gigante la coraza, ciñóse sus armas para combatir y protegía con su espada todo el campamento. Y en los esplendores de la Edad Cristiana, los varones de la Cristiandad exhortados por los Sumos Pontífices y dirigidos por denodados jefes peleaban resueltamente contra los enemigos del cristianismo. La época de las Cruzadas llena las páginas más gloriosas de la Iglesia. Y la figura de Santa Juana de Arco, no es una decoración en las iglesias católicas, sino que es un símbolo y ejemplo que invita a todo cristiano a pelear con desmedro para que la inquietud no esclavice a los hijos de la luz.

Como españoles y como católicos fueron los nacionales españoles a la lucha para reclamar el derecho elemental de vivir en España. Pero al comprender que España no podía existir como nación una e independiente sin la Iglesia, fueron a la lucha por el mantenimiento de la vida católica en España.

Buscaron lo mínimo pero entendieron que este mínimum no era posible sin lo todo, es a saber sin el cristianismo totalmente vivido, el Cristianismo hecho carne en el alma española como lo fue en los días gloriosos de Fernando el Católico.

Después de un siglo y medio de transacciones vergonzosas con los errores anticristianos. España se ha percatado que, o volvía al orden temporal cristiano, al orden sagrado o sucumbía como reino temporal independiente y al luchar contra el comunismo, lucha como es lógico, contra el reino de Cristo, en su vida pública.

El orden sagrado medioeval de España no había por tanto desaparecido sino que yacía latente... El comunismo que ha originado la lucha ha servido para despertar a la Santa España en su lucha por la reconquista.

El pueblo español se ha sentido llevado a la guerra santa sin saberlo y sin quererlo... los últimos años de república marxista han servido para sacudir lo más hondo del alma española, para que España se encontrase a sí misma. Las palabras del teólogo dominico Menéndez Reigada que Maritain critica, *la guerra nacional española es guerra santa y la más santa que registra la historia*, cobran una exactitud admirable.

España lucha por la entronización de Cristo Rey en la vida social y pública después de cuatro siglos de vergonzosa apostasía de la Europa cristiana. Con la guerra española comienza la reconquista cristiana del mundo apóstata.

Qué saldrá de la España que sangra

Por todo lo expuesto en esta disertación, aparece claro que España ha logrado su unidad y su grandeza heroica e imperial por obra de la Iglesia de la cual ha sido hecha, por una gracia divina, brazo derecho. La Iglesia es lo grande que hay sobre la tierra, lo único que tiene grandeza propia, precisamente porque no es de la tierra. Las naciones que pueden ser grandes después de Cristo, con grandeza verdaderamente humana, no con grandeza brutal de Babilonia o de Egipto que alcanzaban poderío a costa de la esclavitud de los hombres, sólo pueden serlo en la medida en que sean fieles a la vocación a que Dios las ha predestinado. Y esta ley se cumple fielmente en España. España fue grande cuando fue verdaderamente católica, en decir cuando no se buscó a sí misma sino que buscó servir humildemente a la Santa Iglesia, cuya cabeza es Roma. Y cuando dejó de servir España comenzó a decaer, al punto de quedar uncida a lo más vil y despreciable que puede tener la humanidad como son las hordas sovietizadas de Israel.

Es voluntad de España ahora de volver a su antigua grandeza renovada. ¿Volverá a ella? Yo creo que sí. Nada importa que ahora se vaya en sangre. Nunca fue España tan grande sino cuando terminó la lucha de ocho siglos de la Reconquista. Este martirio cruentísimo por el que está pasando la Iglesia Española hace presagiar días magníficos del sol del esplendor cristiano. Porque este martirio y esta lucha tiene la virtud de levantar al plano de lo heroico todo cuando se haga en la península. Y así religión, política, letras, exploración, misiones va a revestir un valor de cosa heroica. La burguesía y con ello la mediocridad van a ser definitivamente superadas. España sobre todo va a conocer el soplo de Dios que hará brotar santos y grandes santos sobre el suelo español, de la talla de San Vicente de Ferrer y de Santo Domingo de Guzmán: y los habrá de granel. Y será esta santidad heroica de varones santos los que verdaderamente salven a España y la restituyan a su grandeza cristiana e imperial.

España recobrará el sentido espiritual de imperio cristiano: o sea adquirirá voluntad de proyectar en las naciones la influencia saludable de Cristo. Será una conquista espiritual de almas. Tres grandes misiones, creo yo que le están reservadas a España en un futuro próximo: España conquistará al mundo musulmán, pueblo bíblico, magnífico por su señorío belicoso, para

la fe cristiana y española; España hará sentir su influencia nuevamente, en sus antiguas colonias de América y de Filipinas... el espíritu bastardo de laicismo y de americanismo norteamericano tendrá que dejar paso a la gallardía caballeresca y católica de España. España finalmente trabajará primero junto a las potencias fascistas o semifascistas de Europa para dar término a la tarea de quebrar la cabeza del monstruo comunista... y más tarde, brazo derecho de la Cristiandad, pondrá término a la Prepotencia babilónica de los modernos imperios paganos, concentrada sobre todo en Alemania. Quizás pueda sorprender a muchos esta hipótesis, que ha de aparecer extremadamente aventurada, sobre todo cuando ha existido siempre una afinidad entre Alemania y España, en gran parte por oposición a Francia, y más ahora cuando Alemania presta tan grandes servicios a la causa de la Reconquista Española. Pero no olvidemos que *históricamente* la grandeza de España se ha realizado con la casa de los Austria. La profunda afinidad de España con Alemania es entonces por Austria y no por Prusia. Prusia es la barbarie de Alemania... la grandeza nacional-socialista enormemente grande y brutal con grandeza de Babilonia, es cosa anti-alemana. Prusia son los pies de Alemania que se han convertido en cabeza para darnos una Alemania prusinificada que es una Alemania invertida. Y aunque Alemania pueda ahora como brazo ejecutor de los designios de Dios, que también se sirvió en otros tiempos de Nabucodonosor y de Atila, ser el gran instrumento para la represión del comunismo, a su vez ella también representa un enorme peligro para la civilización cristiana como lo ha proclamado al mundo, la voz augusta del Vicario de Cristo, y no es gran mérito prever que después que el problema comunista quede liquidado, se planteará una lucha tremenda entre la Alemania racista y Roma, la Roma de los Papas, primero pero también, la otra Roma. Y Austria con todos los largos y profundos problemas espirituales que condensa será el foco de la lucha. Y entonces España, brazo derecho de la Cristiandad tendrá sin duda que ejecutar ahora la misión que no cumplió Carlos V, es a saber de aplastar el poderío arrogante de este nuevo Nabucodonosor[4].

---

4 Cf. Julio Meinvielle, *Entre la Iglesia y el Reich*.

España y los dos escollos de la humanidad presente

Porque es necesario decirlo bien claramente, son dos y no uno, como muchos creen, los dos grandes escollos de la humanidad presente. El primero y peor es el comunismo y contra él, deben unirse, como exhorta el Santo Padre, todos los hombres del mundo que todavía admiten la creencia en Dios. Por esto, como decía antes, de acuerdo a las Prescripciones de la Santa Sede, se cumple la lucha de cristianos, paganos y musulmanes que se realiza contra el comunismo ateo de los judíos en España. Pero el peligro de la exaltación pagana que adquiere su expresión típica en el nacional-socialismo de Alemania es un peligro enorme y brutal para la Civilización Cristiana y por tanto para el mundo, que no puede encontrar su salud sino en Cristo. El nacional-socialismo puede forjar una grandeza enorme pero será una grandeza de esclavos como la que se llevó a cabo en el antiguo Egipto y Babilonia. España, que representará en Europa el tipo de un pueblo y de un Estado cristiano y que será lo que siempre ha debido ser, el brazo derecho de la Cristiandad, tendrá una misión excepcional en esta tarea de vencer al Paganismo. Y después de ella, restaurada la NUEVA CRISTIANDAD, España volverá a su antigua grandeza de evangelizadora porque así como el Apóstol que la conquistó para la fe, corrió hasta el cabo Finisterre, el último confín de la tierra, para llevar a Cristo, así España, heredera del ímpetu del Apóstol, llevará hasta el último confín del globo terráqueo la voz de Jesucristo.

Por esto esta lucha española encierra proyecciones ahora insospechadas. El nudo de la historia ha sido desatado. La España de santos y de héroes que en un período muy breve pero denso de historia ha de emular las gestas pasadas así como ahora en la lucha ha emulado el fragor de los antiguos tiempos en la proeza del Alcázar y en el ardor de los requetés y falangistas.

Yo sé que ciertas actitudes de imitación de lo extranjero que se percibe en ciertos núcleos de la España nacional tienen preocupados a pensadores católicos y lo que es más grave a los propios Obispos, quienes dicen: «Esta situación permite esperar un régimen de justicia y paz para el futuro. No querernos aventurar ningún presagio. Nuestros males son gravísimos. La relajación de los vínculos sociales; las costumbres de una política corrompida, el desconocimiento de los deberes ciudadanos, la escasa formación de una

conciencia íntegramente católica, la división espiritual en orden a la solución de nuestros grandes problemas nacionales: la eliminación por asesinato cruel, de millares de hombres selectos, llamados por su estado y formación a la obra de la reconstrucción nacional, los odios y la escasez que son secuela de toda guerra civil: la ideología extranjera sobre el Estado, que tiende a descuajarle de la idea y de las influencias cristianas; serán dificultad enorme para hacer una España nueva injertada en el tronco de nuestra vieja historia y vivificada por su savia.»

Pero yo también creo fundadísimas las palabras de los mismos Obispos, cuando a renglón seguido, añaden: «Pero tenemos la esperanza de que, imponiéndose con toda su fuerza el enorme sacrificio realizado, encontraremos otra vez nuestro verdadero espíritu nacional.»

Y así será si España no olvida el destino sublime de su excelsa vocación. Porque los pueblos no encuentran su grandeza sino en el sendero en que Dios los ha colocado. España es demasiado grande para que necesite vivir de imitaciones. Tiene una tradición social, política y cultural que puede servir de admiración a todos los pueblos de la tierra.

Sí por un antojo, que Dios no permita, España torciera el designio de Dios y olvidando el destino auténtico que le cabe en la Cristiandad, quisiera remedar fascismos germánicos o italianos, quién sabe entonces si no se ha de ver otra vez condenada, por largos años, a dar tumbos de uno a otro lado, sin pena ni gloria. Porque España es un país de tal condición histórica que ni siquiera puede crear una grandeza brutal como la de la Alemania hitlerista ni alcanzar una opulencia burguesa como la del imperio inglés... España o es católica o no es nada. Su grandeza de héroe sólo puede alcanzarla en Cristo.

Se ha hecho tan visible la protección divina sobre el movimiento nacional, es tan espléndido el homenaje ofrecido a Dios por los 16.700 sacerdotes inmolados y por la infinidad de religiosas masacradas y por los 300.000 laicos sacrificados, de toda condición, edad y sexo que Dios en su gran misericordia, no puede menos que revelarnos una vez más a la España, que canta Claudel.

Santa España, cuadrada en el extremo de Europa, concentración de la Fe, maza dura y trinchera de la Virgen Madre.

Y la zancada última de Santiago, que solo termina donde acaba la tierra.
Patria de Domingo y de Juan, y de Francisco el Conquistador y de Teresa.
Arsenal de Salamanca y Pilar de Zaragoza, y raíz ardiente de Manresa,
Inconmovible España, que rehusas los términos medios, jamás aceptados,
Golpe de hombro contra el hereje, paso a paso contenido y rechazado,
Exploradora de un firmamento doble, razonadora de la plegaria y de la sonda,
Profetisa de aquella otra tierra bajo el sol, allá lejos, y colonizadora del otro mundo.

De la justa y santa Guerra de España

Conocida es la polémica que suscitó en Buenos Aires la actitud imprudente del filósofo católico Maritain, quien invocando un *fenelonismo* de la acción, restó méritos al heroico pueblo español que con denuedo se lanzó a la lucha armada contra el comunismo, que amenazaba apretar en sus garras a la noble nación hispana.

Me cupo a mí el honor de salir con decisión a la defensa de los «nacionales» españoles, quienes, como nuevos *macabeos salieron a combatir por sus vidas y por su religión y por su patria, contra una turba de gente insolente y orgullosa que venía contra ellos a fin de aniquilarlos a ellos, a sus mujeres y sus hijos y de despojarlos de todo.* (Libro I de los Macabeos, cap. 3, vers. 20 y 21.)

En los números 488, 493 y 494 de Criterio, expuse como se planteaba el caso de España a los católicos españoles, de acuerdo sobre todo a las Directivas terminantes de los Obispos españoles, únicos autorizados a regir las almas a ellos encomendadas. Voy a reproducir aquí lo que pueda conservar interés de esta polémica, con el propósito de destruir los prejuicios sentimentales de muchos, que no sirven sino para ayudar a la causa comunista, que es el supremo peligro de la humanidad en la hora presente, contra el cual de acuerdo a la exhortación del Romano Pontífice, debieran unirse como un solo hombre todos cuantos creen en Dios.

Antes de entrar a demostrar el carácter sacro de la guerra española voy a sostener que la posición de Maritain, quien emite un juicio sobre los «nacionales» españoles que no coincide con el de los Obispos, es *ilícita* y *culpable* en el foro externo, que no se justifica de ningún modo. De sus intenciones, lo mismo que de las nuestras, que nos juzgue solo Dios, a quien están únicamente abiertas las conciencias de los hombres.

Los católicos de España debían estar con el movimiento encabezado por Franco

Esta cuestión ha sido plena y abundantemente resuelta por el episcopado español y ha sido confirmada por las palabras augustas del Romano Pontífice.

No olvide Maritain que *el Espíritu Santo puso a los obispos para regir la Iglesia de Dios* (Hechos de los Apóstoles, XX, 28) y si bien no están ellos dotados del carisma de la infalibilidad, están ciertamente fortalecidos con gracias especiales para el gobierno de sus diócesis. El Espíritu Santo rige por medio de ellos la Iglesia. De suerte que los fieles deben dejarse gobernar por su prudencia.

Ahora bien, en el actual conflicto español, los obispos españoles, con una absoluta unanimidad, han exhortado a los fieles a enrolarse en las filas nacionalistas. Han manifestado que de ninguna manera y por ningún motivo se podrá colaborar con la España roja. Han expresado que la guerra actual es una verdadera cruzada por Dios, lo que equivale a decir que es una *guerra santa*.

El Excmo. y Rvmo. Sr. Dr. D. Enrique Pla y Deniel, Obispo de Salamanca, en una magnífica *Carta Pastoral* del 30 de setiembre de 1936, después de exponer la licitud de un levantamiento contra el gobierno tiránico del Frente Popular, añade: *La explicación plenísima nos la da el carácter de la actual lucha que convierte a España en espectáculo para el mundo entero. Reviste, sí, la forma externa de una guerra civil, pero en realidad es una cruzada. Fue una sublevación, pero no para perturbar sino para restablecer el orden.*

¿Cómo ante el peligro comunista en España, cuando no se trata de una guerra por cuestiones dinásticas, ni formas de gobiernos, sino de una cruzada contra el comunismo para salvar la religión, la patria y la familia, no hemos de entregar los obispos nuestros pectorales y bendecir a los nuevos cruzados del siglo XX y sus gloriosas enseñas, que son por otra parte la gloriosa bandera tradicional de España? Hay por lo tanto perfecta concordia entre la denuncia hecha por S. Santidad del gravísimo peligro del comunismo y su reciente alocución del 14 de setiembre a los refugiados españoles en Italia. En ella no mencionó ya, no para protestar, al Gobierno de Madrid, ya que habían sido del todo inútiles sus protestas. Habló sólo de «las fuerzas subversivas» contra toda institución humana y divina y de «aquellos que han asumido la espinosa y difícil tarea de defender los derechos y el honor de Dios y de la Religión, es decir los derechos de la conciencia»... a estos últimos «por encima de toda consideración política» dirigió de modo especial su bendición. Bendición augusta, que es augurio de la bendición divina, pero que también es una confirmación pontifica de la doctrina que enseña que hay ocasiones en que la sociedad puede lícitamente alzarse contra un gobierno que lleva a la anarquía y de que el alzamiento español no es una mera guerra civil sino que substancialmente es una cruzada por la religión, por la patria y por la civilización contra el comunismo.

Más categórica aún, si cabe, y por cierto de mayor autoridad es la instrucción a sus diocesanos del Emmo. Sr. Dr. D. Isidro Gomá y Tomás, Cardenal Arzobispo de Toledo y Primado de España, que se titula, *El Caso de España* (Pamplona 1936).

La guerra –dice, pág. 7– *que sigue asolando gran parte de España y destruyendo magníficas ciudades, no es, en lo que tiene de popular y nacional, una contienda de carácter político en el sentido estricto de la palabra. No se lucha por la República, aunque así lo quieran los partidarios de cierta clase de República. No ha sido móvil de la guerra la solución de una cuestión dinástica, porque hoy ha quedado relegada a último plano hasta la cuestión misma de la forma de gobierno...*

Esta cruentísima guerra es, en el fondo, una guerra de principios, de doctrinas, de un concepto de la vida y del hecho social contra otro, de una civilización contra otra. Es la guerra que sostiene el espíritu cristiano y español contra ese otro espíritu...

Ignoramos cómo y con qué fines se produjo la insurrección militar de Julio: los suponemos levantadísimos. El curso posterior de los hechos ha demostrado que lo determinó, y lo ha informado posteriormente un profundo sentido de amor a la patria. Estaba España ya casi en el fondo del abismo, y se la quiso salvar por la fuerza de la espada. Quizás no había ya otro remedio.

Lo que sí podemos afirmar, porque somos testigos de ello, es que, al pronunciarse una parte del ejército contra el viejo estado de cosas, el alma nacional se sintió profundamente percutida y se incorporó en corriente profunda y vasta, al movimiento militar; primero, con la simpatía y el anhelo con que se ve surgir de una esperanza de salvación y, luego, con la aportación de entusiastas milicias nacionales, de toda tendencia política que ofrecieron sin tasa ni pactos, su concurso al ejército dando generosamente vidas y haciendas para que el movimiento inicial no fracasara. Y no fracasó –lo hemos oído de militares prestigiosos–precisamente por el concurso armado de las milicias nacionales.

Es preciso haber vivido aquellos días de la primera quincena de agosto en esta Navarra, que, con una población de 320.000 habitantes, puso en pie de guerra más de 40.000 voluntarios, casi la totalidad de los hombres útiles para las armas, que dejando las parvas en sus eras y que mujeres y niños levantaran las cosechas, partieron para los frentes de batalla sin más ideas que la defensa de su religión y de la patria. Fueron, primero, a guerrear por Dios...

Al compás de Navarra se ha levantado potente el espíritu español en las demás regiones no sometidas de primer golpe a los ejércitos gubernamentales.

Y en todos los frentes se ha visto alzarse la Hostia Divina en el santo sacrificio, y se han purificado las conciencias por la confesión de millares de jóvenes soldados, y mientras

callaban las armas, resonaba en los campamentos la plegaria colectiva del Santo Rosario. En las ciudades y aldeas se ha podido observar una profunda reacción religiosa de la que no hemos visto ejemplo igual. Es que la Religión y la Patria –arae et foci– estaban en gravísimo peligro, llevadas al borde del abismo por una política totalmente en pugna con el sentir nacional y con nuestra historia. Por esto la reacción fue más viva donde mejor se conservaba el espíritu de religión y patria. Y por esto logró este movimiento el matiz religioso que se ha manifestado en los campamentos de nuestras milicias, en las insignias sagradas que ostentan los combatientes y en la explosión del entusiasmo religioso de las multitudes de retaguardia. Quítese, si no, la fuerza del sentido religioso y la guerra actual queda enervada.

Quede, pues, por esta parte como cosa inconcusa que si la contiende actual aparece como guerra puramente civil, porque es en el suelo español donde se sostiene la lucha, en el fondo debe reconocerse en ella un espíritu de verdadera cruzada en pro de la religión católica, cuya savia ha vivificado durante siglos la historia de España y ha constituido como la médula de su organización y de su vida.

He aquí, Sr. Maritain, cómo los obispos españoles, en el ejercicio de su sagrado ministerio pastoral juzgan la guerra española. No deploran, antes se felicitan de que sea una guerra santa, es decir *una verdadera cruzada en pro de la religión católica*. Y los obispos son doctores sobrenaturales con misión y con gracia para regir las almas a ellos encomendadas. Y están mejor informados que el Sr. Maritain y que yo sobre «*los complejos acontecimientos de España*».

Y lo que es mucho más importante es que este modo de apreciar el caso de España es también el del Santo Padre, por lo menos, en lo que el Santo Padre ha manifestado, cuando en su carácter de Padre de la Cristiandad acogió a los refugiados españoles. Las palabras del Padre Santo son terminantes: da una *bendición especial por encima de toda consideración política a aquellos que han asumido la espinosa y difícil tarea de defender los derechos y el honor de Dios y de la Religión; es decir, los derechos de las conciencias.*

Estas palabras citaba yo para expresar la opinión de la Santa Sede. Y las palabras me parecen terminantes y definitivas. No palabra infalible pero es palabra del Vicario de Cristo que tiene un carisma especial de prudencia en el gobierno ordinario de la Santa Iglesia.

Maritain me reprocha *usar de un modo partidista la autoridad de la Santa Sede* pero no debió contentarse con formular reproches sino que debió demostrar el fundamento del mismo.

Y entienda a su vez que yo no le reprocho el que «por una acción mediadora» busque poner fin lo más pronto posible a una guerra de exterminio. No hay en ello nada malo aunque puede discutirse su conveniencia. Lo que le reprocho es que preste iguales méritos a ambos bandos como si pudiese ser igual la causa de «los que han asumido la espinosa y difícil tarea de defender los derechos y el honor de Dios y de la Religión» (Pío XI) y la causa de aquellos que no han destruido «una que otra iglesia, uno que otro claustro, sino que cuando ha sido posible arrasó todas las iglesias, todos los claustros, y todo vestigio de religión católica aun cuando estuviesen vinculados con los más insignes monumentos del arte y de la ciencia.» (Pío XI, *Divini Redemptoris*.)

Léase íntegra la CARTA COLECTIVA DE LOS OBISPOS ESPAÑOLES A LOS DE TODO EL MUNDO y se verá como ella, responde punto por punto a los sofismas y calumnias y deformaciones que acumula Maritain en las 56 lamentables páginas del *Prefacio* que ha escrito al libro de Alfred Mendizábal, *Aux origines d'une Tragédie*. En él, se hace eco Maritain, el filósofo de lo trascendente, de las infinitas imbecilidades que los impíos de todo el mundo a propósito de la guerra española han acumulado en sus pasquines disolventes para pervertir a las masas con el mito satánico del comunismo.

Cuesta explicarse cómo un católico como Maritain, que ha dado tan excelentes muestras de acatamiento y respeto a la autoridad de la Santa Iglesia, sobre todo en su *Primauté du Spirituel*, haya podido escribir refiriéndose a esta *Carta Colectiva*: «Por otra parte pensamos no faltar en nada al respeto debido a esta carta ni a las reglas generales de la conducta católica, al no seguir el documento episcopal en la opción sin reservas que expresa en favor del campo «nacional». La intención de los Obispos que han firmado este documento y que han debido señalar que se han mantenido voluntariamente sobre un plano «empírico», no es ciertamente y no podría ser imponer en conciencia a los católicos del mundo entero una tal opción, en una materia en

la cual, cualquiera sea la importancia de las incidencias espirituales, se manifiesta en el más alto grado el aspecto político e internacional.»

Así cree justificarse Maritain. No hay duda que los documentos episcopales sólo tienen autoridad y obligan en conciencia aún gravemente, dentro de los límites jurisdiccionales de la autoridad de la cual dimanan. Pero ¿de que no obliguen a los fieles de otra jurisdicción, justifica el que estos emitan opiniones sobre la materia concreta de que tratan estos documentos que no coincidan o que contrarían en las normas dadas por los Obispos? ¿Si *los Obispos han sido puestos por el Espíritu Santo para regir la Iglesia,... de que han tomado posesión canónica*, es posible admitir que fieles de otras jurisdicciones eclesiásticas, emitan juicios públicos contrarios a las normas concretas y determinadas de los Propios Obispos? ¿Y Maritain es tan inocente e ingenuo que no ve en ello ni siquiera una falta de respeto?

¿Le parece posible a Maritain que no implica mengua a la autoridad episcopal de los Obispos españoles, el que un laico que se dice públicamente católico, opine diversamente de la conducta de los católicos españoles de lo que juzgan los Obispos, puestos por Dios para regirlos?

La única actitud *cristiana* posible, frente a la Carta Colectiva del Episcopado español y a las normas anteriores que cada Obispo había prescrito a sus respectivos fieles, es la contestación que el Eminentísimo Cardenal Arzobispo de París ha hecho llegar al Cardenal Gomá y Tomás, Primado de España, la cual aunque todavía no es conocida en su texto completo, tiene párrafos como éstos:

«*Ustedes –dice– rinden un gran servicio al mundo al exhibir a través de la evidencia los hechos a que conduce el ateísmo, el debilitamiento de la moral y la connivencia de los gobiernos con las doctrinas de destrucción y muerte. Esta es una lección muy oportuna que da Su Eminencia. Bajo esta sangre que aparece a la luz vemos mejor los peligros que nos amenazan. ¿Todo esto no prueba que la titánica lucha que cubre el suelo de la católica España es en realidad una lucha entre la civilización cristiana y el ateísmo de la llamada civilización del Soviet? Si esta lucha se desarrolla en España es porque los enemigos de Dios la eligieron para ser la primera etapa de su obra destructora. El heroísmo de vuestros hijos provoca la admiración de todo el mundo y aumenta con nuevo esplendor la gloria de la España caballeresca. Mas, a través de los siglos, la gran familia católica recordará los*

sacrificios que la noble España debió hacer para salvar su fe, y su memoria será bendecida por siempre.»

Si Maritain quiere decir que los católicos franceses a consecuencia de las Directivas de los Obispos españoles no están obligados a optar en los asuntos de Francia por el nacionalismo en contra del comunismo, de acuerdo. Los católicos franceses deben regirse en Francia por las directivas de sus propios obispos. Pero así como no se concibe que los católicos españoles juzguen sobre las directivas que los Obispos franceses dan a sus fieles, así tampoco es admisible que católicos franceses se arroguen derechos para juzgar las directivas que los obispos españoles imponen a sus fieles. Maritain, si no quiere torcer su conducta de cristiano obediente a la jerarquía, debe respetar y no juzgar, las prescripciones episcopales. Solo el Pontífice, Pastor Supremo y universal de la iglesia, tiene facultad para ello.

De la Guerra Santa

Entremos ya en la cuestión de la *guerra santa*, que constituye el punto central del lamentable Prefacio de Maritain a un libro igualmente lamentable. Lamentable digo, porque cuando se debate la existencia misma de España en una guerra sin cuartel, no debía haber ningún español estudiando las interminables causas y responsabilidades de la lucha, sino que debía tomar las armas, con coraje de varón, e ir a defender su patria y su fe amenazadas. Lo demás, bajo la apariencia de moderación, es una canallesca cobardía. Este señor Mendizábal, de quien formula Maritain ditirámbicos elogios, sabemos nosotros lo suficiente para juzgarle: es español y no está luchando del lado «de los que han asumido la espinosa y difícil tarea de defender los derechos y el honor de Dios y de la Religión, es decir los derechos de las conciencias» (Pío XI).

Quizás no sea innecesario advertir aquí que la posición de Maritain es equivocada aun cuando pudiese concedérsele que la guerra española no es una guerra santa. Las líneas anteriores, lo demuestran. Pero soy de opinión que no hay que concedérsele ni esto mientras no traiga razones más perentorias que las de su *Prefacio*.

Noción de guerra santa en Maritain

Maritain expone su noción de guerra santa. «Con respecto –dice– a formas de civilización «sagradas», como la civilización de los antiguos hebreos, o la civilización islámica, o la civilización cristiana de la Edad Media, la noción de guerra santa, por difícil de explicar que sea, podía tener un sentido.»

Maritain intenta demostrar su aserto sosteniendo que la guerra es *por excelencia* una cosa *temporal*; «importa intereses políticos y económicos, concupiscencias de la carne y de la sangre». Con todo, dice, en una civilización de tipo sagrado esta carga terrestre puede desempeñar una misión instrumental para con los fines espirituales que especifican la guerra. Pero con respecto a formas de civilización como la nuestra, en que lo temporal no es instrumento en favor de lo sagrado, la noción de guerra santa pierde toda su significación.

«Justa o injusta, una guerra contra una potencia extranjera o una guerra contra ciudadanos queda desde entonces necesariamente lo que ella es de suyo y por esencia, algo profano y secular, no sagrado; no sólo algo profano sino algo abierto al mundo de las tinieblas y del pecado. Y si, defendidos por los unos, combatidos por los otros, se encuentran interesados valores sagrados, ellos no hacen santo ni sagrado este complejo profano; son ellos, que, con respecto al movimiento objetivo de la historia, son secularizados por él, arrastrados en sus finalidades temporales. La guerra no se convierte en santa sino que pone en riesgo de hacer blasfemar lo que es santo.»

Tal la noción de guerra santa en Maritain. ¿Es ella exacta? No lo creo.

La guerra no es como imagina Maritain, «*de suyo y por esencia* algo profano». Toda guerra «no comporta *por esencia* intereses económicos y políticos», concupiscencias de la carne y de la sangre. Los comporta generalmente y si se quiere siempre. Pero no en virtud de su esencia sino *per accidens*, a causa de los hombres que la realizan. Tampoco viene al caso formular un concepto «pesimista» de la guerra diciendo que no sólo es «algo profano sino algo abierto al mundo de las tinieblas y del pecado».

La guerra en su concepto puro, importa *el uso de las armas entre dos pueblos para dirimir una contienda*. No es de suyo ni justa ni injusta, ni santa ni profana. Santo Tomás en la *Suma Teológica* (II. q. 40 a. 1) defiende expresamente la naturaleza indiferente de la guerra cuando contesta negativamente a la pregunta de *si la guerra es pecado*.

Tan cierto que la guerra no es de suyo mala sino cosa indiferente y en muchos casos buena lo demuestra el hecho de que la Sagrada Escritura alaba a Abraham, Moisés, Josué, Sansón, Gedeón, Barac, David y los Macabeos, &c. (Gen. XIV, 19, 20; Jos. X, 11- 13; I Reg. XII, 11; Isaías IX, 4; Ps. LXXXII, 12; II Mac. X, 29-31) por hacer la guerra. No sólo esto sino que a veces Dios ordena emprender la guerra en contra de los enemigos de su pueblo. Num. XXV, 16; Judit IV, 6-7, 73, &c.; II Reg. X-XI. No sólo esto, sino que Dios toma como suya la causa de sus servidores, obra milagros y combate con ellos para asegurarles la victoria. Gen. XIV, 19-20; Jos. X, 11-14; Jud. IV, 15; II Mac. 29-31; y toma el título de «Dios de los Ejércitos». Is. III, 1; Os. XII, 5. (Ver Dictionnaire de Théologie Catholique, art. Guerre).

Nada extraño entonces que el gran San Bernardo, haciéndose eco de toda la tradición cristiana, no sólo la reconozca como legítima sino como meritoria.

Porque dar o recibir la muerte por Cristo no sólo no implica ofensa de Dios ni suerte alguna de culpa, sino que por el contrario, merece mucha gloria... Cuando quita la vida a un malhechor no se le ha de llamar homicida, sino malicida, ejecuta a la letra las venganzas de Cristo sobre aquellos que obran la iniquidad, y con razón adquiere el título de defensor de los cristianos. (Libro de las alabanzas y exhortaciones a los caballeros del Temple.)

Queda entonces bien asentado que la guerra es un acto humano indiferente. No es de suyo ni justo ni injusto, ni santo ni profano. Revestirá uno u otro carácter según sea el móvil que lo especifique, como acaece en todos los actos humanos indiferentes.

Santo Tomás que ha expuesto esta doctrina en forma admirable (Suma Teológica, I, II, p. 18 a 8-10) hace ver cómo estos actos que por su naturaleza no son malos ni buenos, como por ejemplo cultivar la tierra, se

convierten en tales por las circunstancias concretas en que se realizan, al menos por el fin que mueve al que pone tales actos. Así, por ejemplo, cultivar la tierra no es ni pecado ni acto virtuoso, pero cultivar la tierra por el puro deseo de lucro, es pecado; cultivarla para conseguir la necesaria sustentación es acto virtuoso y cultivarla como ejercicio de mortificación cristiana es un acto santo. Evidentemente que este acto en su *entidad física* es un acto profano pero en su *entidad moral* es un acto sagrado porque se ordena a dar gloria a Dios.

Por esto cuando el motivo que da razón de ser a la guerra –o sea aquel motivo que él puesto se produce la guerra, y que faltando él, la guerra cesa– es un motivo *santo* o *sagrado*, la guerra entonces alcanza este mismo carácter. No porque la guerra, en su *entidad física*, sea una cosa santa (la guerra se hará con cañones y no con rosarios ni escapularios, así como la tierra se cultiva con el arado) sino en su *entidad moral,* como acto de la categoría moral, porque es *sagrado* o *santo* el móvil que le da razón de ser.

Así acaeció con la guerra de los Macabeos, con las Cruzadas, con las célebres guerras contra el Islamismo y aun con la lucha contra los Albigenses y demás herejes. Que en esas luchas se entremezclaban intereses inferiores, nadie lo duda, pero no eran esos los que daban razón de la existencia de la guerra misma.

Y en el caso de España *el motivo determinante* de la guerra es un motivo sagrado: Nadie mejor que el Excmo. Sr. Cardenal Gomá y Tomás ha hecho observar esto en la Instrucción que como Arzobispo da a sus diocesanos. (*El Caso de España*. Pamplona 1936).

«*Quítese, pues, por otra parte como cosa inconcusa que si la contienda actual aparece como guerra puramente civil, porque es en el suelo español y por los mismos españoles donde se sostiene la lucha, en el fondo debe reconocerse en ella un espíritu de verdadera cruzada en pro de la religión católica...*»

Es evidente que no todos los que han emprendido la guerra lo han hecho por este motivo con la misma pureza de intención, pero éste ha sido el motivo *único* de los valientes jóvenes de Navarra que han prestado su concurso en el primero y más decisivo momento (ver el libro *Falconde y los*

Requetés, donde se recopila las declaraciones e informaciones de los corresponsales extranjeros sobre esta fuerza auténtica de España) y ha sido, en el resto de España, el motivo que ha mantenido la unificación de las fuerzas. En otras palabras si España, en su totalidad, sin hacer distinciones de partido o de política, se ha lanzado a la lucha, ha sido para defender la Santa Religión. Si no hubiese sido éste el móvil, la guerra se hubiera reducido *a otra cosa*, a algo distinto, a una lucha puramente *de clase*.

La lucha no ha podido hacerse sino al grito de ¡Viva Cristo Rey! y ¡viva España! Porque se defendían los derechos de Cristo Rey en España ya que España no tiene sentido sin Cristo Rey... ya que el pueblo español no quiere saber nada de la existencia sin Cristo Rey. Es una guerra santa.

Pongamos un ejemplo para aclarar todo esto. ¿Cómo sería una guerra que España hiciese a Francia para arrebatarle, pongamos caso, sus colonias de Africa? Sería una guerra *injusta*. ¿Cómo sería la guerra que emprendiese España contra Francia, que quisiera arrebatarle sus posesiones de Marruecos? Sería justa. ¿Cómo sería si España va a la guerra para no dejarse arrebatar su *fe cristiana*, su *religión*, su amor a Cristo Rey? Sería una guerra *santa*. Porque el móvil es un móvil *sagrado*.

Una petición de principio en Maritain

Es completamente arbitrario e importa una *petición de principio* el elaborar *la noción de guerra santa en función* de la civilización sagrada. Es decir, el plantear como principio que si no existe *hic et nunc* una civilización sagrada, no puede haber guerra santa.

Porque esto equivale a preparar una definición que me justifique aquello que debo demostrar. Lo lógico es partir de la noción común de guerra santa, es a saber una guerra emprendida por un motivo sagrado como objeto de especificación, examinar si se realiza en el hecho real y en este caso estudiar su significación histórica.

Proceder de otro modo como lo hace Maritain es incurrir en una cadena de errores irremediables. Porque Maritain después de asentar que no es posible una guerra santa, cuando no existe *hic et nunc* una civilización de tipo sacral, concluye definitivamente que la guerra española no puede ser santa. Pero como por otra parte no puede negar que reviste los caracteres o apariencias de una guerra santa, entonces vese obligado a deplorarlo y buscar de explicarlo por la teoría *del mito de la guerra santa*: es decir la guerra española es puramente una contienda de dos bandos por una conquista temporal, en la que uno de los bandos, los *antimarxistas o fascistas* han creado el mito de la guerra santa para exterminar más fácil y eficazmente a los marxistas. A esto llama Maritain *islamización de la conciencia religiosa*. «Puede ser que en España –dice– toda guerra tienda a convertirse en una guerra santa: en este sentido la palabra de guerra santa no designa más una cierta cosa de una naturaleza objetiva determinada, se refiere a una disposición del temperamento histórico de un pueblo. Y lo mismo que el mito de la Revolución, tal como se ha desarrollado en las escuelas socialistas y anarquistas del siglo XIX, puede ser mirada como una trasposición laica de la idea antigua, idea de Cruzada, lo mismo entonces será menester decir que los milicianos hacen también su guerra santa.»

De modo que Maritain, que no ha penetrado en la significación profunda, cultural que comporta el drama español, después de imaginar el *mito de la guerra* forjado por los antimarxistas vese obligado a reconocer que también los *antifascistas* se mueven por el mismo mito. Todo para ser amargamente deplorado.

Es lamentable que un filósofo arremeta el estudio del fenómeno español con ideas preconcebidas sobre el ritmo que llevan los acontecimientos históricos. Porque entonces un hecho desconcertante como el drama español y de una profunda significación histórica –porque es como romperse el nudo de la historia moderna que creíamos sin salida– tendrá que ser desnaturalizado y minimizado para hacerle entrar en las vistas históricas estrechas preparadas con anticipación. Para que esto no acaezca, es necesario profundizar el drama español con libertad de espíritu, dispuesto a renunciar a ideas que nos son caras si los hechos lo exigiesen.

La guerra española es una guerra santa

En primer lugar dejemos asentado que en España se entabla una lucha *teológica*. No se lucha simplemente por algo político, económico, ni siquiera por algo cultural o filosófico, se lucha por Cristo o por el Anticristo.

Las palabras del Cardenal Gomá y Tomás (El Caso de España, pág. 7), expresan admirablemente esto que está en la conciencia de toda la España.

«La guerra que sigue asolando gran parte de España y destruyendo magníficas ciudades no es en lo que tiene de popular y nacional, una contienda de carácter político en el sentido estricto de la palabra. No se lucha por la República... Ni ha sido móvil de la guerra la solución de una cuestión dinástica... Ni se ventilan con las armas problemas interregionales.»

«Esta cruentísima guerra es, en el fondo, una guerra de principios, de doctrinas, de un concepto de la vida y del hecho social contra otro, de una civilización contra otra... De una parte, combatientes de toda ideología que representa, parcial o integralmente, la vieja tradición histórica de España; de otra, un informe conglomerado de combatientes cuyo empeño principal es más que vencer al enemigo, o si se quiere, por el triunfo sobre el enemigo, destruir todos los valores de nuestra vieja civilización» (página 7 y sig.).

«Cristo y el Anticristo se dan la batalla en nuestro suelo.» (pág. 16).

La lucha es entonces, en un plano teológico, porque Cristo y el Anticristo, son conceptos de la Teología. Lo cual no quiere decir que todos, tanto los de uno u otro bando, tengan conciencia de ello o no se muevan parcialmente por móviles inferiores. El movimiento de la lucha es ése en la masa colectiva.

Nada sorprendente que así sea para el que haya penetrado la degradación histórica que se viene operando con lógica inflexible desde el Renacimiento aquí. Con Lutero se destruyó el orden sobrenatural medioeval, con Kant el orden de la inteligencia, con Rousseau el orden de lo político y moral, con el Capitalismo el orden de lo económico y[5] ahora con el

[5]

Comunismo no queda sino una lucha a muerte por Ser o no ser. Todo o nada. Cristo o el Anticristo.

Si la lucha se desarrolla en el plano de lo teológico, ¿qué carácter debía revestir en uno y otro bando? Pues de un lado debía ser de Cristo, *cristiana* y del otro del Anticristo, *anticristiana*; de un lado *santa*, del otro *satánica*. Los hechos lo demuestran palmariamente y el mismo Maritain al deplorarlo, vese obligado a reconocerlo.

No recuerdo en qué número de CRITERIO se publicó un artículo de Mons. Gustavo J. Franceschi, enviado desde España, en que hacía notar el carácter *satánico* del terror rojo. No podía ser de otra suerte en una guerra teológica y teológica no por voluntad de una u otra parte sino por una exigencia metafísica de la dialéctica de la historia.

Cuando Maritain se imagina que ambos bandos en España luchan por conquistas temporales está profundamente equivocado. Ni uno ni otro se mueve por motivos inferiores. Los comunistas luchan por *el odio a Cristo*: los nacionalistas por Cristo, cuyo amor no quieren dejarse arrebatar.

Las palabras del Emmo. Cardenal Gomá y Tomás vienen al caso para testificar el motivo de la lucha del bando comunista (El Caso de España, pág. 12).

«El primer empuje de la revolución fue contra este gran hecho de la Religión que, si lo es en toda civilización y en todo pueblo, tenía todavía en España un exponente social no superado por ninguno...»

Por que debía ser la española una guerra santa

El gran escándalo de Maritain es que una civilización *profana* como lo era últimamente la española pueda emprender una guerra que ha de considerarse santa, aun con respecto al movimiento objetivo de la historia. Pero Maritain no entiende a la *Santa España* que canta el gran Claudel. Precisamente el ser una civilización *profana* y no poder tolerarlo constituye la tragedia española.

Como escribe el P. Ignacio G. Menéndez Reigada en *La guerra nacional española ante la Moral y el Derecho* (folleto que Maritain conoce porque lo cita), «el alma española es naturalmente cristiana, totalmente cristiana, universalmente cristiana. Acaso en ningún pueblo de la tierra el cristianismo se connaturalizó en tanto grado que apenas se puede separar ni distinguir lo que tenemos de españoles de lo que tenemos de cristianos. Y cuando en nuestros días se ha querido arrancar a Cristo de nuestras almas, no se ha conseguido sin arrancar también a España de esas mismas almas que vienen a renegar de su madre piadosa y escupirle al rostro, para esclavizarse a una despótica madrastra...

De este modo España fue totalmente cristiana, universalmente cristiana, sin distingos ni cortapisas y esta es la clave de nuestra grandeza, el impulsivo de nuestras empresas y el distintivo que nos hace inconfundibles con otros pueblos. Cuando exotismos indeseables vinieron a empañar la blancura de nuestra alma tan profundamente cristiana, en España comenzó la decadencia.»

Y la guerra actual estalló porque España ha querido encontrar a sí misma. Ha querido encontrar el Cristianismo porque sin él no puede existir. Es una guerra entonces santa no sólo psicológicamente sino objetivamente porque nos quiere dar y nos va a dar *una España Cristiana* en el sentido propio y estricto que Maritain asigna al concepto de civilización cristiana.

Precisamente si se profundiza en lo hondo de la historia se llega a la conclusión de que la lucha adquiere ahora los caracteres de cosa decisiva y última. «Aquí se han enfrentado las dos civilizaciones, las dos formas antitéticas de la vida social. Cristo y el Anticristo se dan la batalla en nuestro suelo» (Cardenal Gomá y Tomás, ib., pág. 16). Y no podía ser entonces sino una lucha sagrada en el sentido propísimo de la palabra: Porque es una lucha por el imperio de Cristo Rey en la vida pública y social.

Los escándalos de Maritain

«Así» –dice Maritain– «el principio del primado de lo espiritual podía en las civilizaciones de tipo sacral expresarse en la idea de guerra santa, de la que

la Edad Media ha hecho gran uso. En nuestras civilizaciones de tipo profano, excluye esta idea, en virtud mismo de la trascendencia del orden sagrado: porque no existiendo más el hecho de la ciudad temporal (lo que no era posible sino en el caso en que la ciudad temporal estuviese sacralmente constituida) la guerra santa, si se quisiese a toda costa mantener la idea como idea-fuerza, pasaría entonces por el hecho del orden sagrado mismo, obrando por sus propios medios, lo que es un absurdo: no siendo la fuerza de las armas ni la sangre derramada los medios propios del *reino de Dios*. ¡Que se invoque pues, si se la cree justa, la justicia de la guerra que se hace, que no se invoque su santidad! Que se mate, si se debe matar, en nombre del orden social o de la nación; esto es bastante horrible; que no se mate en nombre de Cristo Rey, que no es un jefe de la guerra, sino un Rey de gracia y caridad, muerto por todos los hombres y cuyo reino no es de este mundo...»

Pero todo este discurso se deshace solo cuando se reflexiona que los nacionalistas españoles no han ido a la guerra como buscando implantar el reinado de Cristo que no podían implantar por medios pacíficos... no seamos ingenuos en la consideración de los hechos históricos. Los nacionalistas españoles han ido a la guerra cuando se percataron que, de no hacerlo así, iban a quedar esclavizados en la tiranía comunista... Fueron impulsados por el derecho elemental de convivir en España... Buscaron lo mínimo, pero entendieron que este mínimum, es a saber la pura convivencia sin el Cristianismo totalmente vivido, el Cristianismo hecho carne en el alma española como lo fue en los días gloriosos de Fernando el Católico.

Después de un siglo y medio de transacciones vergonzosas con los errores anticristianos España se ha percatado que o volvía *al orden temporal cristiano*, al *orden sagrado*, o sucumbía como *reino temporal independiente*, y al luchar contra el comunismo, lucha como es lógico por el reino de Cristo Rey en su vida pública.

El orden sagrado medioeval de España no había por tanto desaparecido sino que estaba latente... El comunismo que ha originado la lucha ha servido para despertar a la «*Santa España*» en la lucha por su reconquista.

El pueblo español se ha sentido llevado *a la guerra santa* sin saberlo y sin quererlo... Los últimos años de república marxista han servido para sacudir lo más hondo del alma española, para que España se encontrase a sí misma.

Las palabras del P. Ignacio G. Menéndez Reigada, que Maritain critica, «la guerra nacional española es guerra santa y la más santa que registra la historia», cobran una exactitud admirable. España lucha por la entronización de Cristo Rey en la vida social y pública, después de cuatro siglos de vergonzosa apostasía de la Europa cristiana.

Con la guerra española comienza la reconquista cristiana del mundo apóstata.

Augurios felices de la guerra santa

Maritain deplora, repetidas veces, y no sólo ahora sino también en su artículo *De un nuevo Humanismo* (Sur, abril de 1937, pág. 46) que la guerra española sea una guerra santa. Pero felizmente los Obispos puestos por el Espíritu Santo para regir la Iglesia, se regocijan de ello y así el Obispo de Salamanca D. Enrique Pla y Deniel, en su carta Pastoral *Las dos Ciudades*, escribe: «La guerra, por acarrear una serie inevitable de males sólo es lícita cuando es necesaria. Pero la guerra, como el dolor, es una gran escuela forjadora de hombres. ¿No estamos contemplando con admiración y asombro en pleno siglo XX, cuando tanto habíamos estado lamentando la frivolidad y relajamiento de costumbres y la afeminación muelle y regalada, el ardoroso y heroico arranque de tantos millares de jóvenes que en las distintas milicias voluntarias van generosamente a ofrendar sus vidas en los frentes de batalla por su Dios y por España? ¡Oh! nosotros, al entrar ya en la senectud, esperamos confiadamente que la generación de los jóvenes ex combatientes de esta Cruzada será mejor que las generaciones de las postrimerías del siglo XIX y principios del actual...

Saquemos fruto de esa hecatombe que estamos contemplando de tanta sangre derramada. ¡Que sea ella verdaderamente redentora...!

Reine de una vez en nuestra España la cristiana justicia social. Ni explotador capitalismo ni destructor comunismo.»

Aunque Maritain se imagine que el triunfo de los nacionalistas españoles establecerá en España un régimen *fascista*, cuando no hitlerista, que someterá a su servicio a la Iglesia y ahondará el divorcio entre ésta y los obreros no lo cree de ese modo el Cardenal Gomá y Tomás, quien escribe: «Guerra contra el comunismo marxista, como es la actual, no lo es contra el proletariado, corrompido en gran parte por las predicaciones marxistas. Sería una calumnia y un crimen, germen de una futura guerra de clases en la que forzosamente se vería envuelta la religión, atribuir a ésta un consorcio con la espada para humillar a la clase trabajadora o siquiera para amparar viejos abusos que no debían haber perdurado hasta ahora.»

«No teman los obreros, sean quienes fueren y hállense afiliados a cualquiera de los grupos o sindicatos que persiguen el fin de mejorar la clase. Ni la espada ni la religión son sus adversarios: la espada, porque se ocupa en el esfuerzo heroico de pacificar a España, sin lo que es imposible el trabajo tranquilo y remunerador; la religión, porque siempre fue el amparo del desvalido y el factor definitivo de la caridad y de la justicia social. Si está de Dios que el ejército nacional triunfe, estén seguros los obreros de que, dejando el lastre de una doctrina y demás procedimientos que son por su misma esencia destructores del orden social, habrán entrado definitivamente en camino de lograr sus justas reivindicaciones...»

La Cruz y la espada, son dos garantías de bienestar y justicia social y de civilizaciones grandes. La Cruz que pacifica los corazones; la espada que mantiene esta pacificación contra los perturbadores perniciosos. La espada, se dice, y no el puñal. Porque cuando la espada no sirve para proteger el derecho se trueca en un cobarde puñal. La Iglesia que siempre exaltó la significación de la Cruz, jamás restó méritos a la espada porque tal es la condición de los hombres en la tierra, que sólo con la Cruz y con la espada es posible una civilización verdaderamente cristiana. No en vano Bonifacio VIII promulgó sus enseñanzas celebérrimas sobre las dos espadas.

La visión deformada de Maritain con respecto al caso de España

Si algo aparece claro de la lectura reposada del Prefacio de Maritain es su visión deformada de las cosas que acaecen en España.

«La guerra que se traba en España –dice– es una guerra de exterminio; no tiende sólo a arruinar fundamentalmente la nación española, sino a

provocar un conflicto universal; exaspera en todas partes pasiones que no perdonan: está en tren de deshonrar a Europa. Amenaza gravemente nuestro país en ciertas condiciones primeras de su seguridad exterior» (pág. 34).

La guerra que se traba en España, decimos en cambio, todos los que sentimos el heroísmo de la sangre española, es una guerra de redención. Cuando creíamos muertas, como de siglos pasados las gestas épicas, he aquí la epopeya del Alcázar, los sitios heroicos de Oviedo y de la Virgen de la Cabeza, la intrepidez de las milicias de requetés, y he aquí, el heroísmo de la Santa España que *como en tiempo de Pelayo y del Cid, una vez más ha sacado la espada*. No es «una guerra de exterminio»... Servirá sí para exterminar las lacras con que la impiedad del liberalismo ha arruinado a la España grande, pero ¡feliz exterminio! que nos ha de revelar la España, *Patria de Domingo y de Juan, y de Francisco el Conquistador y de Teresa* (Claudel).

Está en tren de deshonrar a Europa. Sí a la Europa burguesa, democrática, mercantilista, afeminada, cuya cobardía y miseria va a quedar en descubierto junto a esta epopeya imperecedera de heroísmo.

Amenaza gravemente nuestro país en ciertas condiciones primeras de su seguridad exterior... He aquí el caso de un filósofo, que trata siempre de mantener la trascendencia universal de la filosofía y que, en una cuestión tan vital, como la guerra española, no puede olvidar que es francés de la tercera república y que «se siente gravemente amenazado». Estará amenazada la Francia de Robespierre y de Blum pero no la Francia gloriosa de la Flor de Lis. No olvide, Maritain, que Blanca de Castilla, fue madre de San Luis Rey... de modo que en los reinos cristianos, como el que está preparando en España y sólo en ellos existió «la amistad fraternal.» Fuera de allí los filósofos han se visto obligados a fingir «el mito de la amistad fraternal» que es un mito excelente para que los enemigos de Dios emboben a los cristianos.

Apreciación equivocada de los hechos en Maritain

Maritain aprecia los hechos de la guerra española con una mentalidad que desconcierta... Creería uno, a ratos, estar leyendo las crónicas de los panfletos izquierdistas. «Es un sacrilegio horrible –dice– masacrar sacerdotes,

aunque fuesen fascistas, son ministros de Cristo, en odio de la religión; es otro sacrilegio, horrible también, masacrar pobres, fuesen marxistas, es el pueblo de Cristo, en nombre de la religión. Es un sacrilegio quemar iglesias...; es otro sacrilegio, de forma religiosa, vestir soldados musulmanes con imágenes del Corazón de Jesús, *para que maten santamente a los hijos de los cristianos*, (no está subrayado en el original) y pretender enrolar a Dios en las pasiones de una lucha en que el adversario es mirado como indigno de todo respeto y de toda piedad.»

Maritain parece informado por el escritor José Bergamín y por Ossorío y Gallardo y por los católicos vascos. Al menos así plantean el problema todos estos traidores de la grandeza de España.

Pero si es sacrilegio matar sacerdotes, no porque son fascistas, sino ministros de Cristo, no lo es sino que es cosa justa, y en el caso presente, dados los caracteres de la guerra española, cosa santa, matar marxistas no porque lo sean, no porque son pobres (sino a pesar de serlo) ya que quieren destruir fundamentalmente a España. ¿Cree Maritain que los valientes requetés que han ido a guerrear por su Dios, al grito de Cristo Rey, son burgueses que matan pobres? ¿No se informó que los campesinos, de Navarra y de Castilla, han sido los contingentes más denodados de luchadores? ¿Y que en cambio han sido las zonas más ricas e industrializadas de España las que aportaron mayor número de rojos? (Cardenal Gomá y Tomás en su *Carta Abierta a Aguirre*). ¿Por qué asigna Maritain caracteres *sensacionales* al hecho de que algunas señoras «piadosas» impongan escapularios a los musulmanes y afirma que se hace, para que *maten santamente a los hijos de los cristianos?* No olvide que un filósofo no debe dejarse sugestionar como un gacetillero. Que en la guerra santa de la España nacionalista se cometen abusos, yo no creo que haya ni que negarlo ni que afirmarlo, pero un filósofo de la envergadura de Maritain debe comprender que no por ser santa una guerra es guerra de santos ni se hace con santidad pura. La guerra es guerra, con todos los recursos de las guerras, con todas las pasiones de los combatientes, con todas las intrigas y ambiciones particulares, con todos los abusos y atropellos lamentables que hay que deplorar en toda empresa de hombres... Si es santa no lo es por la santidad de cada uno de los que en ella actúan sino por ser un móvil santo o sagrado –la defensa de los derechos de Cristo Rey en España– lo que en último término da razón de ser a la existencia de la guerra.

La tercera solución

Maritain que cree que el mundo se mueve hoy hacia dos polos de atracción igualmente temibles –el Fascismo y el Comunismo– y que, en España, uno y otro bando corresponden a estos dos polos, se pregunta: «¿y qué podemos y debemos desear sino que estas dos clases de peligro sean apartadas de los destinos de España?» «Si, aun *después* de la horrible violencia que hacen sufrir a las conciencias el recurso a lo irreparable y el desencadenamiento de la violencia, fuese hacia una *tercera solución* que a pesar de todo la Providencia inclinase al final los acontecimientos, esto aportaría una confirmación muy fuerte a aquellos que perteneciendo a países hasta el presente preservados de la guerra civil, piensan que esta tercera solución, que se impondrá tarde o temprano, debe ser encontrada y aplicada a toda costa, *antes* de una catástrofe de lo político.»

Cualquiera sea el valor de esta tercera solución, y en cuanto a mí tengo hecha mi opinión que coincide con la de Cesar E. Pico, *Carta a Jacques Maritain*, en el caso de España, *la tercera solución*, es el triunfo franco de la España Nacionalista porque es el triunfo de la España épica con toda su grandeza cristiana de civilización, que quizás en el primer momento imponga un orden algo artificial y por ende *violento.* Puede ser. Pero por este camino la Providencia lleva a España a encontrarse a sí misma después de siglos que se había perdido.

Ni comunismo, ni fascismo, sino cristianismo. Pero este saldrá de la España que sangra. Y no será una creación utópica forjada en el cerebro de un filósofo sino una renovación, una *Restauración* de los valores eternos que viven en el alma española, que así como ha podido renovar la gesta de Guzmán el Bueno, sabrá también renovar su grandiosa tradición social y cultural de los Siglos Grandes.